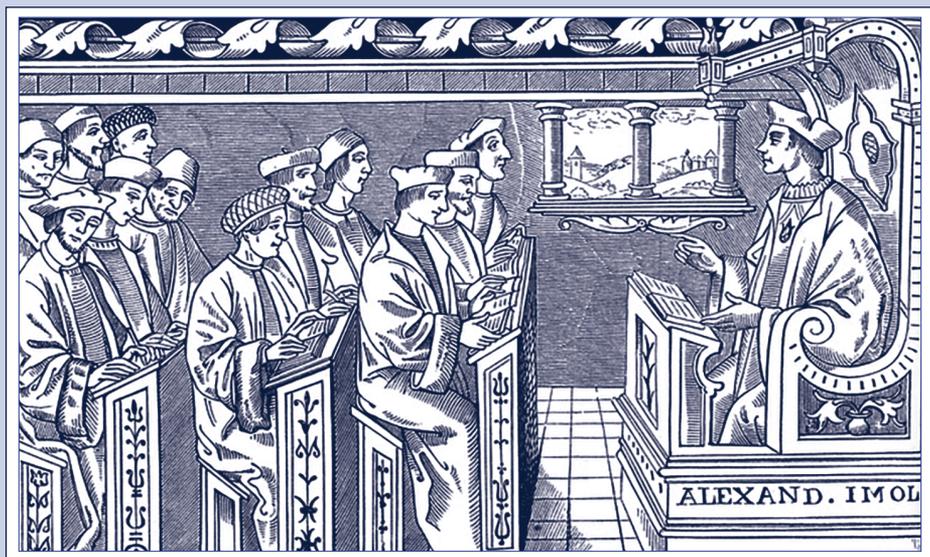


FRANK MOYA PONS



# LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA





# LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA



FRANK MOYA PONS

# LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA

Academia Dominicana de la Historia  
2021



ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA  
Volumen CLVIII

Moya Pons, Frank

La explicación histórica / Frank Moya Pons. – Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2021.

136p. – (Colección Academia Dominicana de la Historia, Vol. 158)

ISBN: 978-9945-9190-9-7

1. Historia – Investigaciones 2. Historia – Teoría 3. Historiografía – Teoría de la historia I. Título

907.2  
M938e  
CEP/ADH

## LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA

©FRANK MOYA PONS

Primera edición, 2021

ISBN: 978-9945-9190-9-7

Junta Directiva de la Academia Dominicana  
de la Historia (2019-2022):

Lic. José Chez Checo, Presidente  
Lic. Juan Daniel Balcácer, Vicepresidente  
P. José Luis Sáez, S.J., Secretario  
Lic. Edwin Espinal Hernández, Tesorero  
Dr. Raymundo González, Vocal

Cubierta:

“En el aula”.

Grabado del siglo XVI.

Fuente: Getty Images, USA.

Diagramación:

Chabeli Núñez

Impresión:

Editora Búho S. R. L.

Santo Domingo, D.N.  
República Dominicana  
2021

# CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	9
Capítulo uno	
LOS RETOS DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA .....	13
Capítulo dos	
LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA .....	25
Capítulo tres	
HISTORIA ORAL E HISTORIA LOCAL .....	39
Capítulo cuatro	
LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA .....	49
Capítulo cinco	
HISTORIA, PERIODISMO Y SOCIOLOGÍA .....	69
Capítulo seis	
HISTORIA Y GENEALOGÍA .....	85
Capítulo siete	
NOVELA HISTÓRICA E HISTORIA NOVELADA .....	99
ÍNDICE .....	117
PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA .....	119



## INTRODUCCIÓN

Los textos que componen este sencillo libro fueron escritos sin intención de ser publicados y no son más que el producto de viejas reflexiones personales acerca del oficio de historiar.

He compartido privadamente estos pensamientos con diversas audiencias académicas, entre ellas mis alumnos, en el curso de los últimos 50 años pues un segmento importante de uno de estos textos fue escrito en 1973 cuando, todavía muy joven, me iniciaba en la cátedra universitaria.

Agrupadas en capítulos, estas lecciones dan la impresión de que fueron escritas como son publicadas hoy, pero en realidad la mayoría de ellas están compuestas por textos que tuvieron una estructura distinta a como se leen ahora, redactados en distintas épocas a veces separadas por décadas.

Las llamo lecciones porque no fueron más que eso: cátedras y conferencias itinerantes destinadas a servir de introducción a públicos académicos muy diversos interesados en conocer qué es la historia, cómo se escribe, cuáles son las limitaciones que enfrentan quienes

la escriben, cuál es la diferencia entre la historia y otras formas de narración, y cuáles son su parentesco y diferencias con otras disciplinas sociales.

Muy generosamente el presidente de la Academia Dominicana de la Historia, José Chez Checo, ha querido dar a conocer estos escritos a partir de estas recientes versiones que han sido refundidas en los últimos once años. No he podido sustraerme de esa sugerencia porque al leerlas hoy percibo cierta unidad entre ellas, a pesar de mostrar algunas repeticiones y reiteraciones que no he podido eliminar y por las cuales pido excusa a los lectores.

Para ayudarme a componer esta selección y eliminar versiones o secciones repetidas, tuve la fortuna de contar con la inestimable ayuda del vicepresidente de la Academia, Juan Daniel Balcácer, quien con gran entusiasmo examinó todas las versiones disponibles e hizo la selección que mejor se aviene al plan de este libro.

Ruego a quienes lean esta modestísima obra que la acepten como una confesión de mis inquietudes teóricas surgidas en el curso de mi carrera, inquietudes resultantes de mi convicción de que todo historiador, aunque no sea consciente de ello, es portador de una cierta teoría de la sociedad lo mismo que de una teoría de la realidad.

Expongo hoy, en forma impresa, algo de esas mis teorías surgidas a partir de mi experiencia y mi práctica profesional.

Estas no son las reflexiones de un filósofo, sino de un obrero intelectual que, a base de martillar mucho la materia prima con que se hace la historia, esto es,

los documentos, se ha atrevido a elaborar un modelo elemental del funcionamiento de las sociedades junto a un método operativo que se apartan mucho de las sofisticadas teorías y filosofías de la historia que dominan el discurso académico.

Si estas elementales lecciones sirvieran para estimular a los jóvenes a aventurarse en la práctica de la historia con una conciencia teórica más despierta, me sentiría muy satisfecho. Solo eso bastaría para justificar esta publicación.



## Capítulo uno

# LOS RETOS DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Investigar, tanto en la historia como en cualquier otra disciplina, requiere atención, concentración, dedicación, orden, lógica, imaginación, trabajo y persistencia, cualidades todas estas que se sustentan en el interés y la fuerza de voluntad.

Por ello el primer reto que enfrenta la persona que desea dedicar su tiempo a la investigación –en cualquier área– es ser capaz de sostener durante un tiempo más o menos largo un ejercicio de voluntad y compromiso con el proyecto que desea emprender.

De este requisito se habla poco o nada en los manuales que orientan al estudiante por el camino de las pesquisas históricas, pero la experiencia dice que sin la firme decisión de encontrar respuesta a las preguntas que nos planteamos cada día los demás impulsos del investigador terminan desvaneciéndose.

Así que la voluntad es lo primero. Lo segundo es la curiosidad porque investigar significa buscar aquello sobre lo que tenemos interés en descubrir o aprender. No importa el motivo: sin curiosidad no hay investigación posible, pues ella es quien

mueve la voluntad hacia la búsqueda de los materiales que, esperamos, darán respuesta a nuestras interrogantes.

La ciencia surge de la perplejidad del ser humano ante los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad, muchos de los cuales se presentan en sucesión aparentemente causal, aunque muchos otros lucen como si su ocurrencia fuese algo casual. Uno de los estímulos que genera la curiosidad es, justamente, el presentimiento de que es posible encontrar explicación a la existencia de esos fenómenos.

La perplejidad ante la manifestación de los fenómenos naturales o sociales mueve la inteligencia humana hacia la búsqueda de explicaciones causales. Esto ocurre desde muy temprana edad. Recuerden (los que ya han tenido hijos) ese intenso período en que los niños ametrallan a los adultos con un continuo ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?

Ese interés permanente, esa curiosidad en saber por qué ocurren las cosas no abandona nunca al ser humano y es, repetimos, una de las varias condiciones esenciales del investigador en cualquier campo del conocimiento.

La diferencia de la gente común que se contenta con explicaciones simples y los investigadores, los verdaderos investigadores, es que estos últimos intentan obtener explicaciones sobre las causas profundas.

Dicho de otra manera: mientras la gran mayoría de las personas se contentan con entender las causas eficientes, los verdaderos investigadores quieren llegar (y se empeñan en llegar) a las causas últimas.

Estas causas casi nunca son evidentes. Están ocultas. Hay que buscarlas mediante instrumentos (en las ciencias naturales) o mediante documentos y mediciones (en las ciencias sociales). Su búsqueda requiere de la intermediación de métodos y objetos que no siempre están asequibles al buscador.

Esos métodos y objetos tampoco vienen dados naturalmente. Son el resultado de siglos de acumulación de conocimientos o de invención de instrumentos que hacen posible la investigación. Como su utilización no es natural, hay que aprender a utilizarlos, lo cual, repito, requiere de voluntad, disciplina, atención, concentración, dedicación, orden, lógica, imaginación, trabajo y persistencia.

La investigación requiere de todo eso y algo más: requiere también de cierta teoría de la realidad, de una noción de que las cosas funcionan de una manera relativamente predecible. Esto es (dicho en términos muy crudos), si tienes hambre, buscas comida; si te agreden, peleas o huyes; si tienes sueño, duermes; si subes una cuesta, tarde o temprano tendrás que bajar, etcétera.

En otras palabras, por más original que sea el pensamiento de una persona, los procesos de socialización que han conformado su personalidad y han marcado su inteligencia terminan por imponerle la noción de que la Realidad (con mayúscula) tiene una estructura y una dinámica que le son propias y es posible conocerlas.

Para los investigadores del mundo material (físicos, biólogos, etc.) la Realidad es tangible, mensurable y responde a leyes que regulan la ocurrencia de los

fenómenos de manera repetible, tanto en procesos naturales como en aquellos inducidos en laboratorios. Los métodos utilizados por esos investigadores les permiten constatar, una y otra vez, que la ocurrencia de los fenómenos responde a leyes fijas, y que estas, una vez descubiertas, pueden ser manipuladas para producir otros fenómenos.

No ocurre así con los historiadores. Para estos, la realidad que estudian ocurrió una sola vez y no volverá a ocurrir jamás de la misma manera. (No crean en eso de que la historia se repite, pues no es verdad, porque es ontológicamente imposible).

Los historiadores se ocupan casi siempre de lo que ya pasó, y por ello su método se orienta hacia la reconstrucción de lo que fue, de lo que dejó de ser, de lo que ya no tienen otra posibilidad de ocurrir, de lo que tuvo lugar de una sola manera y es, por lo tanto, irrepetible.

La historia es, pues, la disciplina que estudia lo que fue, lo pasado, y como tal tiene que vérselas entonces con un objeto sumamente difícil de aprehender porque eso que estudia ya no es.

De ahí que la historia exija tanto del lector como del historiador un especial esfuerzo perceptivo y cognitivo, una cierta actitud frente al pasado que les permita, antes de comprenderlo, verlo en su manifestación dinámica porque ese pasado es, como el presente, fundamentalmente cambio, devenir, evolución.

Entender el pasado es comprenderlo en su acontecer y en su fluir, pero como de él quedan apenas restos dispersos el historiador debe estar consciente de que solo puede aspirar a una reconstrucción parcial del

mismo tratando de que esa reconstrucción refleje la vida de la colectividad que estudia de la manera más aproximada que le sea posible.

Esa aproximación exige verosimilitud o, dicho de otra manera, que lo que el historiador reconstruye y narra no sea evidentemente absurdo, factual o causalmente.

Y para garantizar que esa verosimilitud no es ficticia –porque también las novelas y las películas de cine pueden ser verosímiles, aun cuando sean ficticias– el historiador debe probar tanto la validez de sus afirmaciones y sus interpretaciones como la validez de su reconstrucción mostrando con claridad cuáles son las fuentes, datos y documentos que le han servido para afirmar que las cosas ocurrieron como él las narra.

Cuando el historiador demuestra lo que dice, entonces se afirma que su explicación es objetiva. Esto quiere decir que el objeto de su estudio corresponde a su narración, a su versión de los hechos que, ya hemos dicho, será siempre parcial.

Esta parcialidad tiene dos sentidos: por un lado, significa que la narración o explicación son incompletas; por otro lado, también significa que, al recoger, analizar y ensamblar los datos para producir una narración explicativa, el historiador los filtra mediante un proceso psicológico y epistemológico singular que parcializa su interpretación en un sentido de los varios posibles.

El historiador es una entidad biológica, hombre o mujer de carne y hueso, con una personalidad definida, con una concepción del mundo propia, con una

educación y formación académica específica, y con intereses tan suyos como diferentes a los de cualquier otra persona. De ahí que su trabajo de selección de las fuentes, su manejo y su interpretación están condicionados por esas particularidades.

La reconstrucción, por otra parte, enfrenta una limitación adicional cuando el historiador encuentra que las fuentes son insuficientes porque no todo lo que ocurrió en el pasado ha quedado debidamente registrado y aparecen grandes vacíos en la documentación disponible.

Frente a esa situación, que es más común de lo que se piensa, el historiador tiene tres caminos principales: o afirmar que le faltan datos y no puede explicar más allá; o hacer inferencias que le permitan suponer lo que ha ocurrido, o acentuar su búsqueda por nuevas fuentes que le permitan completar su narración.

En cualquiera de los casos la narración resultante siempre será incompleta, ya lo hemos dicho, porque aún en el supuesto de que el historiador tuviera acceso a todas las fuentes posibles sobre un proceso dado, siempre quedará el hecho de que su personalidad, su formación y su ideología (además de su teoría y su método) condicionarán su examen de las fuentes haciéndole explicar los hechos de una manera siempre parcial.

De ahí que toda reconstrucción histórica implica, en más de un sentido, una limitación y, por lo tanto, una percepción incompleta del pasado, una reconstrucción llevada a cabo desde una perspectiva particular condicionada por la disponibilidad de las fuentes y la personalidad y formación del historiador.

Por todas esas razones es imposible llevar a cabo una “historia total” o una historia definitiva. Y por ello, también, es que toda explicación histórica es siempre limitada, incompleta, inacabada y segmentada.

La historia total es solo un ideal. Ni siquiera es una posibilidad porque para que fuese posible sería necesario que el historiador tuviera a mano absolutamente todas las fuentes y dispusiera de una versión cabal de los hechos y acontecimientos que tuvieron lugar, minuto a minuto y persona por persona, durante el período que él estudia.

Esto, como es obvio, no es posible porque entonces recrear esa historia tomaría por lo menos tanto tiempo como los mismos hechos tardaron en producirse. Es obvio, también, que es imposible porque la acumulación de los tiempos múltiples de los múltiples acontecimientos que ocurrieron durante un período dado, sería tal que haría irrealizable el idea de una historia total en la vida de una persona.

Por eso el historiador está obligado a la selección, no solo de sus fuentes sino de aquellos determinados aspectos significativos del pasado que, por su importancia para la comprensión del presente, resulten relevantes. De ahí que se diga comúnmente que cada época o cada sociedad “construye” su propia historia.

No es que haya una decisión consciente de algún poder estatal o institucional que decida cuándo cambiar las narraciones, no. Es que a medida que las sociedades cambian, la valoración de las significaciones que nos llegan del pasado también van

cambiando, así como cambian también las teorías y los métodos en las ciencias sociales y las autopercepciones de los distintos grupos sociales, sean estas pequeñas comunidades, naciones o imperios.

Podemos resumir todo lo anterior en pocas palabras diciendo que el historiador trata de reconstruir el pasado de la manera más aproximada posible, pero esa reconstrucción nunca es cabal y siempre es susceptible de ser ampliada, profundizada y completada.

Dicho de otra manera, la historia total es imposible debido a la dificultad epistemológica de agotar todas las visiones posibles del acontecimiento, y debido a la imposibilidad ontológica de reagrupar las evidencias resultantes de la acumulación de los tiempos múltiples que se conjugan en la ocurrencia de los múltiples acontecimientos "historiables".

Esas son algunas de las razones que obligan a los historiadores a seleccionar sus fuentes y aislar intelectualmente los hechos que deciden describir. Además, como la reconstrucción del pasado la realiza una persona con prejuicios, limitaciones, intereses y pasiones, en toda historia hay siempre un elemento de interpretación, valoración y juicio que se refleja más o menos claramente en la explicación histórica, lo mismo que en la selección de las fuentes.

Esa persona, el historiador, valora cuando tiene que decidir cuál de las fuentes es más adecuada a su propósito narrativo. Juzga cuando tiene que escoger entre distintos hechos para destacarlos más o menos claramente en su narración. Interpreta cuando tiene que explicar, a partir de evidencias escasas,

las causas de ciertos procesos y cuando tiene que escoger el contexto más significativo para enmarcar su narración y fundamentar su explicación.

El historiador realiza su selección en función de lo que considera que es relevante para reconstruir y explicar el pasado en función de su presente o como causalidad de un presente que no tiene que ser necesariamente actual, pues podría ser también un “presente anterior”.

Esto no es un juego de palabras. No lo es porque el historiador, cuando trabaja a conciencia, hurga en el pasado las raíces de un presente, actual o pasado, y busca y expone las causas explicativas, lejanas o cercanas, que le permitan entender y describir por qué las cosas son hoy como son, y por qué la sociedad en que él vive ha llegado a ser como es.

En su labor reconstructiva el historiador intenta explicar cómo se produjeron los hechos y, haciéndolo, encuentra el porqué de los mismos. En la historia el *porqué* de las cosas es también su *cómo*. Por ello, la causalidad histórica, esto es, la razón explicativa de los hechos viene dada a partir de la producción de los hechos mismos.

El historiador explica los hechos mostrando cómo se producen. Esto se debe a que la realidad social es, fundamentalmente, proceso; los hechos sociales son esencialmente dinámicos y su ocurrencia está sujeta a una multicausalidad imposible de aprehender en su totalidad.

Volviendo al punto de la valoración e interpretación de los datos, digamos que el historiador juzga no solo la ocurrencia misma de los acontecimientos

que le toca describir, sino también la calidad de los materiales y fuentes que le sirven para reconstruir y narrar los acontecimientos.

Este fenómeno de la valoración y selección de las fuentes introduce un elemento adicional en el condicionamiento de la objetividad, pues obliga a que la narración deba ser contrastada con narraciones alternativas resultantes de otras valoraciones críticas de las mismas fuentes, esto es, de otras perspectivas.

En pocas palabras, toda narración histórica depende del ordenamiento, crítica, selección e interpretación de las fuentes que hace el historiador, y por ello toda narración histórica representa solamente una perspectiva particular de los acontecimientos, esto es, una de las muchas posibles narrativas.

Los retos mencionados anteriormente han sido conocidos desde antaño por los historiadores que han practicado su oficio conscientemente. No son los únicos que confronta hoy día la profesión, pues han surgido muchos otros que para mostrar sus implicaciones y analizarlos nos requerirían más tiempo del que ya hemos invertido en esta exposición. De ellos voy a mencionar solamente cuatro.

Uno de ellos es el ataque frontal que ha estado recibiendo la historiografía tradicional (sea esta idealista, historicista, marxista o estructuralista) por parte de los llamados analistas posmodernos que han venido argumentando, con razonamientos lingüísticos, que la historia es un ejercicio literario cuyo producto es tan inventado como la novela, el cuento y el relato.

Otro reto es el impacto que ha tenido el teléfono en la acumulación de las fuentes, pues lo que antes se escribía y quedaba como documento hace ya mucho tiempo que se comunica por teléfono y se evapora en el éter. Lejanos quedaron atrás los tiempos en que los diplomáticos escribían todos sus informes y pareceres y los despachaban por barco o por telegramas y las decisiones se adoptaban en base a relaciones escritas.

Aunque mucho papel se utiliza todavía hoy, muchas conversaciones decisivas han quedado sin registrar para siempre y los historiadores no tienen forma de recuperarlas ni siquiera por vía de las entrevistas orales, pues la memoria, como hemos dicho, no tarda en fragmentarse o diluirse con el tiempo y los testimonios pierden fidelidad.

Un tercer reto es el desarrollo de los archivos digitales en lugar de los archivos de papeles. Los primeros son de vida corta debido a la precariedad de los medios de conservación lo que hace que su longevidad no esté del todo asegurada. Por eso, nadie sabe hoy cuál es la durabilidad de los correos electrónicos que han venido reemplazando los folders y copias fotostáticas o de papel carbón (como antaño). Estos archivos presentan un reto subsidiario: su accesibilidad, pues en muchos casos esos archivos residen en servidores que el creador o propietario de los mismos no controla y no tiene forma de saber por cuánto tiempo serán conservados.

El cuarto reto es la proliferación de “narrativas alternativas” construidas con fines sectarios (ideológicos, comerciales, religiosos, políticos, nacionales,

militares, mercadológicos, estéticos, etc.) que inundan las llamadas redes sociales y la internet demandando reconocimiento como fuentes “confiables” y representativas en una atmósfera de invenciones y deformaciones informativas que han empezado a conformar una atmósfera epistemológica que en estos días ha sido bautizada como la “era de la posverdad”.

Como ustedes pueden ver, la reconstrucción del pasado, que es el oficio del historiador, implica el riesgo de la deformación, consciente o inconsciente, de la realidad. Por ello esta profesión, al igual que otras, posee una deontología (creo yo) que obliga a sus practicantes a ser *compromisarios con la objetividad y respetuosos de la verdad*.

Compromisarios con la objetividad, dando a conocer nuestras fuentes con notas, comentarios, bibliografías reales utilizadas y apéndices, de manera que los lectores puedan comprobar que lo que estamos diciendo se corresponde realmente con lo que ocurrió, y puedan constatar si nuestra narración representa objetivamente los hechos sin torceduras o deformaciones fácticas, lógicas, metodológicas o ideológicas.

Respetuosos de la verdad, como lo decía el gran maestro dominicano don Vetilio Álfau Durán y lo recoge el presidente de la Academia Dominicana de la Historia, José Chez Checo, en el lema de su correo electrónico:

“Amo la verdad, la busco con empeño y donde la encuentro le tributo reverente culto. Así pienso y así obro para satisfacción de mi espíritu, para edificación de mi conciencia y para que Dios me bendiga”.

## Capítulo dos

### LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA

Entre las muchas preguntas que continuamente recibo sobre el oficio de historiador, una de las que más frecuentemente escucho es aquella que indaga acerca de la historia misma, esto es, de lo que la historia realmente es. Ante esa pregunta generalmente respondo que todo es historia: tanto lo que ocurre ahora mismo como lo que ya ha ocurrido.

Como los historiadores se ocupan casi siempre de lo que ya pasó, entonces su método se orienta hacia la reconstrucción de lo que fue, de lo que dejó de ser, de lo que ya no tiene otra posibilidad de ocurrir, de aquello que tuvo lugar de una sola manera y es, por lo tanto, irrepetible.

La historia es, pues, la disciplina que estudia lo que fue, lo pasado, y como tal tiene que vérselas entonces con un objeto sumamente difícil de aprehender porque eso que debe estudiar ya no es.

De ahí que la historia exija tanto del lector como del historiador un especial esfuerzo perceptivo y cognitivo, una cierta actitud frente al pasado que les permita, antes de comprenderlo, verlo en su manifestación dinámica porque ese pasado es,

como el presente, fundamentalmente cambio, devenir, evolución.

Entender el pasado es comprenderlo en su acontecer y en su fluir, pero como de él quedan apenas restos dispersos el historiador debe estar consciente de que solo puede aspirar a una reconstrucción parcial del pasado tratando de que esa reconstrucción refleje la vida de la colectividad que estudia de la manera más aproximada que le sea posible.

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente acerca del proceso epistemológico que condiciona la interpretación de las fuentes, así como la reconstrucción, narración y explicación de los hechos, debemos también agregar que el historiador casi siempre trabaja en función de una teoría de la sociedad, explícita o no.

Aunque esa teoría esté escondida en lo más recóndito de su pensamiento, y aunque algunos practicantes de la historia no sean muy conscientes de sus supuestos ideológicos, todos los historiadores tienen (tenemos) una teoría de la sociedad y de la historia (aunque sea muy burda en muchos casos), y pensamos en función de un modelo de cómo se organizan y funcionan los conglomerados sociales.

Algunos de esos modelos son adquiridos por asimilación de teorías elaboradas por otros historiadores o pensadores. En otros casos son el resultado de una reflexión personal, individual, más o menos larga acerca de la estructura y dinámica de las sociedades.

Muchas veces la teoría y la filosofía de la historia son campos cultivados por filósofos que nunca han escrito obras historia, y por ello es posible observar

grandes desacuerdos entre ellos pues aquello de lo que hablan y teorizan es generalmente un objeto que solo conocen conceptualmente sin haber practicado del oficio de historiar.

Otras veces son los mismos historiadores quienes elaboran teorías basándose en su propia experiencia o partiendo de ideas y conceptos elaborados previamente por los filósofos de la historia. Entre ellos tampoco hay necesariamente consenso pues cada uno expone sus perspectivas personales acerca de lo que constituye el objeto de estudio de su disciplina.

Aun cuando detrás de cada interpretación histórica reside una teoría de la sociedad y de la dinámica social, esto no quiere decir que todos los historiadores sean plenamente conscientes de las teorías que soportan sus conceptualizaciones, pero sí quiere decir que a cada uno es posible descubrirle sus raíces ideológicas y sus principios metodológicos.

A veces no es fácil desentrañar el pensamiento teórico de los científicos sociales en estos tiempos en que las ciencias sociales evolucionan tan rápidamente, y en una época en que los académicos tienden a asimilar ideas de muy diversas fuentes y muchos cambian de opinión continuamente. En algunos casos, entonces, hay que estudiar la evolución de su pensamiento.

Ahora bien, como quien les habla no ha cambiado de teoría desde que comenzó a escribir historia, permítanme revelarles algo de mi teoría social. Hace casi medio siglo que la escribí (en 1976) y la he mantenido inédita, pero siempre la he utilizado y me ha

servido para aproximarme a las fuentes históricas desde entonces. Hoy la comparto con ustedes porque como a mí me ha funcionado bien, pienso que también podría funcionarles a algunos de ustedes. Por ello, paso a explicarles...

Creo que en términos grupales la conducta humana puede ser estudiada en función de la lucha por la satisfacción de las “primeras necesidades”, pues hay requerimientos básicos en la vida de todo ser humano y todo grupo humano sin cuya satisfacción la vida organizada no es posible.

Lo primero es comer, lo segundo es alojarse y lo tercero es vestirse. Vistas así las sociedades humanas nos encontramos con el crudo hecho de que su permanencia y conservación, así como su organización, dependen de la capacidad de sus miembros para alimentarse y protegerse.

Así, sencillamente, encontramos que solamente a través del trabajo pueden los hombres producir lo que necesitan para subsistir pues tan trabajo fue el merodeo del troglodita paleolítico como lo es la investigación del moderno experto en informática que labora en California.

Así que, desde la horda cavernícola hasta las modernas compañías multinacionales, los hombres se organizan para el trabajo y la producción, pues el sostenimiento del grupo (familia, clan, tribu, nación, imperio) exige siempre la realización de tareas en grupo, en equipo.

Desde aquellos tiempos hasta hoy, nos encontramos con el hecho de que la organización requerida para el desempeño de ciertas tareas viene

condicionada, obviamente, por la naturaleza de la tarea a realizar y los recursos disponibles.

Así, desde temprano, los hombres se organizaban en forma diferente cuando salían de caza en busca de carne a cuando se dispusieron a criar ganado o a sembrar, o a producir cerámica y cestería, o a fabricar viviendas y otros objetos necesarios para el grupo, o cuando trabajaron para producir metales u obras de arte, o cuando empezaron a intercambiar objetos producidos por un grupo que eran necesitados por otros.

De aquí se desprende que la naturaleza de los recursos a explotar exigió de las sociedades humanas, y todavía exige, diferentes respuestas organizacionales, indicando esto que la diferenciación social resulta ser, en muchos casos, una función de la diversidad de los esfuerzos productivos.

Según este análisis, una sociedad de pescadores debe funcionar de manera diferente a una de agricultores, y esta debe ser distinta de una sociedad industrial o de otra de pastores, o de una sociedad minera o de mercaderes.

En otras palabras, todo grupo humano cuenta para su supervivencia con la disponibilidad de un cierto tipo de recursos de cuya explotación, conforme a las habilidades de sus miembros, depende en gran medida la manera en que ese grupo humano se organiza para asegurar su alimento, su vestido y sus alojamientos.

La calidad de esos recursos varía, y con ella varían las manifestaciones generales de las sociedades. Por eso son tan diferentes las sociedades esquimales

de Alaska de las tribus nómadas del desierto de Sáhara o de los grupos de la selva amazónica o de la sabana africana.

En adición a lo anterior, resulta también que los recursos de que disponen las sociedades humanas, además de ser diferentes, también son más o menos abundantes o más o menos escasos, y su distribución es muy desigual en el planeta, por lo que su utilización o explotación depende en gran medida de su accesibilidad, pero también de las capacidades tecnológicas de los seres humanos para aprovecharlos.

Normalmente los recursos son escasos porque hay pocos o porque las gentes no son capaces de aprovecharlos con la tecnología disponible o porque no conocen sus propiedades o posible utilización, todo lo cual contribuye a asignarles un valor distinto a cada recurso, valor este que expresa su deseabilidad o la necesidad de uso. La escasez relativa convierte los recursos naturales en recursos económicos.

La supervivencia obliga a los hombres a organizarse para el trabajo, la producción y la distribución, pero también los lleva a organizarse para la posesión dado el carácter escaso de los recursos económicos.

Como el impulso a la posesión es general, pues en él va la garantía de la supervivencia individual y grupal, la lucha por los recursos económicos surge tan pronto comienzan el trabajo y la producción humana, y continúa a todo lo largo de la cadena distributiva en un complicadísimo proceso que pone en juego lo mejor y lo peor de las habilidades innatas y adquiridas por los individuos, todo ello en su

empeño por adquirir y retener la mayor cantidad posible de recursos (de bienes).

Este proceso se caracteriza por la desigualdad de los resultados pues no todos los individuos son iguales ni en sexo ni en fuerza ni en edad ni en inteligencia ni en sus capacidades adquiridas.

De ahí que presenciemos que la distribución de los bienes es pocas veces equitativa, y por ello las sociedades humanas han evolucionado divididas en estratos sociales claramente segmentados y en permanente competencia entre sí.

Cada sociedad, en el curso del tiempo y conforme a su propia evolución, ha adquirido una fisonomía estructural que se expresa en la aparición de clanes, castas, clases sociales y grupos de intereses de la más variada naturaleza.

Estos grupos actúan en constante relación unos con otros, e interactúan de muy distinta manera con la naturaleza y los recursos naturales disponibles, pero esa variedad de comportamientos apunta toda hacia un mismo fin que es la supervivencia.

La interacción entre los distintos segmentos sociales no siempre es el resultado de la cooperación. También es el resultado de la competencia por la apropiación de los recursos escasos.

A la desigualdad también llegan los hombres a través de luchas y conflictos que exigen de ellos nuevas formas de organización orientadas hacia el saqueo, el despojo o la acumulación de bienes, y hacia la conservación de estos. Muchas veces estos esfuerzos exigen también la neutralización o la eliminación de los competidores.

A estas formas de organización para la apropiación y conservación de los recursos, de cualquier naturaleza que estos sean, es lo que se conoce como organización política, y a la lucha por la supremacía para asegurar el control y distribución de los recursos disponibles (de la naturaleza que estos sean) es a lo que se le llama lucha política.

En la lucha política se resumen y se condensan todos los impulsos de la sociedad por asegurar su supervivencia, tanto en términos de cohesión interna como para enfrentar peligros exteriores.

Así como compiten entre sí los individuos dentro de un mismo grupo social para apropiarse de los bienes disponibles, así también compiten los grupos sociales y las sociedades entre sí.

En su empeño por regular la expresión de la lucha política, de asegurar el orden interno, y de preservarse de amenazas externas, las sociedades se organizan en clanes, tribus, naciones, Estados e imperios, y crean estructuras de dominación y control interno, y de respuesta y rechazo a las amenazas externas.

Como el conflicto es permanente entre los individuos, los grupos y los Estados, los hombres realizan numerosos y variados esfuerzos para legitimar la lucha política y justificar su participación en la misma. Esos empeños por legitimar el poder político, la posición social y el control económico exigen la manipulación de los mecanismos y contenidos de la comunicación humana.

La organización para la comunicación se impone a través de la creación de mitos, leyendas, historias, memorias, narraciones y obras de arte, y a través

de contenidos educativos que expresan ideologías funcionales para el control social, así como para asegurar la supervivencia grupal.

Resumiendo mucho esta teoría podríamos enunciarla diciendo que, en el curso del tiempo las sociedades humanas se organizan para la producción y distribución de bienes que necesitan para su supervivencia, y que en ese proceso de organización surge una estructura social específica a cada sociedad debido a su propia particularidad en la lucha por el control y apropiación de los recursos económicos disponibles.

Al variar esos recursos, en naturaleza y cantidad en cada situación dada, esa variación influye también en la particularización de las estructuras sociales y en la identidad de los grupos humanos.

La lucha por la apropiación de los recursos refleja una dinámica de asociación, colaboración y conflictos permanentes. Esa dinámica se traduce en formas específicas de organización política que, a su vez, exigen la formación de modos específicos de control de la comunicación para justificar o legitimar la acción política.

El conflicto entre los individuos, y entre los diversos grupos sociales (familias, clanes, tribus, castas, clases o naciones), expresado en el tiempo, es el elemento clave de la historia social pues es a través de su constatación y explicación como el historiador puede descubrir las causas últimas que han operado en la evolución social.

De ahí la importancia de poseer una teoría del conflicto social pues este es un elemento clave que nos permite medir, en todas las instancias y niveles de la

vida social, los factores que inciden activamente en la ocurrencia de los acontecimientos económicos y políticos.

Entonces, para entender la dinámica de la vida social es fundamental entender los condicionamientos generales del acontecer económico. Estoy hablando de la vida social como vida grupal, esto es, de la existencia dinámica cooperativa, pero a la vez conflictiva, de grupos humanos envueltos en una cadena laboral y productiva en pos de la supervivencia.

Son los grupos humanos los que hacen la Historia y forman el sujeto de la Historia, pues toda historia es historia social y en ella las individualidades solo tienen sentido en función de la marcha general de las sociedades que las contienen.

Todo lo anterior nos lleva a decir que en su esfuerzo por reconstruir y explicar la estructura o el cambio de una sociedad cualquiera (sea esta una aldea, un pequeño pueblo, una ciudad, una región, un país o un imperio), el historiador debe tener en cuenta, antes que cualquier otra cosa, aquellos constituyentes materiales que condicionan la vida económica, esto es, los recursos naturales y la ecología, los recursos económicos y demográficos, la disponibilidades técnicas y las capacidades tecnológicas, las riquezas producidas hasta esa fecha, las fuentes de recursos más importantes, y los sistemas productivos existentes, entre otros.

Al aplicar este método, el historiador debe también reconocer la existencia de los diversos grupos de interés (incluidas las clases sociales) que controlan o poseen los recursos disponibles, ya sean estos

naturales, humanos, económicos, políticos o culturales (comunicación e ideología incluidas).

Acto seguido, el historiador debe intentar establecer las relaciones asociativas o conflictivas, que existen entre esos grupos para determinar dónde y cómo operan los mecanismos de control y dominación en la preservación del orden socioeconómico existente, así como la contestación y cuestionamiento de ese orden por otros grupos competidores por el control de los recursos.

Las interrelaciones entre los diversos grupos de interés expresan normalmente la existencia de conflictos, aun cuando también indiquen la existencia de modos de cooperación socialmente establecidos.

El estudio de las diversas formas del conflicto social y de las respuestas organizacionales dentro de cada sociedad proporciona valiosas claves para entender cómo se produce el cambio social que, visto en su dimensión temporal, es lo mismo que el cambio histórico.

La comprensión del cambio social pasado es hacia lo que atiende el historiador. Éste debe ser capaz de explicar el presente actual o un presente anterior como consecuencia de un pasado anterior irrepetible, de tal manera que uno sea consecuencia del otro, no a la inversa ni simultáneamente. Digo esto último pues, aunque parezca raro, hay historiadores que consideran que pueden prescindir de la cronología de los hechos para explicar el pasado.

La historia tiene más sentido cuando hace sentir al lector la continuidad de los acontecimientos en forma tal que el presente (o un pasado posterior a

los hechos estudiados) aparecen como la consecuencia necesaria de hechos y procesos anteriores.

Por eso, en la explicación del acontecer histórico, el historiador debe esforzarse por mostrar aquellas realidades conflictivas cuya persistencia y duración todavía actúan en el presente (o en un presente anterior), al tiempo que debe tratar de señalar cómo dejaron de operar esas causas cuando se extinguieron los ingredientes del conflicto o los conflictos que servían de motor del cambio social.

En cuanto al conflicto, como en muchas otras cosas, debemos observar que su explicación solo es posible si se comprenden las causas que lo producen. Estas no siempre son de naturaleza económica como lo muestra la lucha política que expresa un nivel de articulación mucho más complejo en la dinámica social en el cual la personalidad humana juega un papel sumamente importante.

En el nivel de la acción política la personalidad humana se mueve con mayor libertad que en el nivel de los condicionamientos económicos pues buena parte de la lucha política transcurre a través de la comunicación social, nivel este en donde la mente, la inteligencia, las emociones y las ideas se expresan con posibilidades creativas más amplias. (Estamos hablando todavía en el contexto de las cooperaciones y los conflictos).

Por eso, en la explicación del acontecer político el historiador debe conjugar ópticas y perspectivas adicionales provenientes de los aportes empíricos de las demás ciencias sociales. La ciencia política, que

quiso ser un campo independiente de las demás ciencias sociales, ha venido a descubrir recientemente que la explicación de la conducta política no es posible realizarla si no es conjugando sus métodos con los de otras disciplinas que le son afines.

Mientras en la reconstrucción de los hechos históricos y sociales el historiador puede restringir su método a la utilización parcial de los aportes de la economía, la sociología y la antropología, en la explicación del acontecer político el historiador no puede escapar al hecho de que la complejidad de la conducta humana exige explicaciones más totalizantes que le obligan a hacer uso más amplio de todas las disciplinas sociales.

La razón es simple: la lucha política resume y refleja la totalidad de los impulsos conflictivos que se acumulan en los niveles biológico, económico y social de la actividad humana. Por ello, tal vez, la historia política dominó por tanto tiempo la historiografía mundial, llegando a ser entendida como la única forma de hacer historia. El desarrollo de las ciencias sociales en el pasado siglo XX contribuyó a cambiar esa percepción y hoy tenemos muchos tipos de historia, de los cuales hablaremos luego.

Antes de concluir, debemos anotar que entre las muchas formas de estudiar históricamente las sociedades, tenemos aquellas que se ocupan de las manifestaciones del espíritu, esto es, la historia del arte y de las artes, de las religiones, de las ideas y las mentalidades, etc.

Hay muchos historiadores que estudian estas dinámicas como si tuviesen una ocurrencia independiente de los niveles “anteriores” de acontecer humano (económico, social, político).

Tienen derecho a hacerlo así, pero de seguro que sus reconstrucciones, interpretaciones y narraciones serían más significativas si previamente tuviesen en cuenta los distintos niveles y condicionamientos generales del acontecer social que ya hemos mencionado.

Antes de terminar déjenme decirles que todo lo anterior que he dicho sobre teoría y método de la historia es válido, creo yo, tanto para las historias generales, internacionales y nacionales, como para la historia local.

Aquellos que deseen hacer historia de algún pueblo y ciudad deben inquirir primero sobre la base económica, la organización y la estructura social, las pugnas por la apropiación de los recursos y la dinámica política resultante de esas pugnas.

## Capítulo tres

### HISTORIA ORAL E HISTORIA LOCAL

La historia oral y la historia local se valen de los mismos métodos que la historia general, sea esta nacional o internacional. Esos métodos son bien conocidos desde mediados del siglo XIX y deben mucho a la llamada escuela alemana que encabezó Leopoldo von Ranke cuyos practicantes, en Alemania, y en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Italia, enriquecieron y perfeccionaron grandemente el modo de hacer historia.

De manera que cuando hablemos de historia local debemos referirnos a una ocupación, oficio o disciplina que en poco difiere del ejercicio de la historia nacional. La diferencia reside más bien en el foco y en la profundidad de la investigación.

El método manda que se fije un tema, se elaboren unas hipótesis de trabajo, se localicen las fuentes —orales o documentales— se acceda a ellas, se establezcan cronologías y causalidades, se redacte un texto, se corrija y se publique de manera similar a como lo hacen los historiadores que cubren espacios y épocas más amplios.

Ahora bien, por la inmediatez con sus comunidades y por la probable escasez de narraciones escritas acerca de los pueblos, ciudades o aldeas que analizan los investigadores de la historia local deben entonces escarbar en la memorias individuales y en la tradición oral de la comunidad para rescatar los hechos que les servirán para reconstruir la historia.

La memoria, ¡ah, la memoria...! ¿Quién guarda la memoria de los pueblos? ¿Dónde se conserva? En los archivos y en las bibliotecas organizadas reside una parte de esa memoria local y colectiva, pero no siempre se pueden rescatar las memorias más relevantes en esos archivos y bibliotecas.

Hay que buscar entonces en las reliquias y en las colecciones de fotos, cartas y diarios familiares, en el folklore local, en la música y la religiosidad popular, así como en la religiosidad "oficial".

También hay que escarbar en las cabezas de los individuos memoriosos que, por personalidad o por manía o por costumbre, se dedican a coleccionar y recordar cosas pasadas y les gusta contarlas o mostrarlas o están dispuestos a ello, si alguien se les aproxima y les pregunta.

Muchas historias locales han sido reconstruidas "ordeñando" esas memorias locales, unas veces entrevistando privadamente a individuos, uno por uno, y otras veces realizando sesiones colectivas.

En esas sesiones los participantes, debidamente estimulados por el entrevistador, exponen sus recuerdos y los comparten de manera dialéctica, corrigiéndose uno al otro, precisando y ampliando lo que dice el vecino, asociando ideas con recuerdos y

rescatando nombres de actores que yacían en el olvido y que la sesión grupal hace surgir en virtud del intercambio de narrativas.

Hay muchos tipos de historia local. Hay algunas que son verdaderas historias sociales escritas por expertos en ciertas disciplinas como la antropología y la sociología, y por ello sus obras hablan más de costumbres, conductas colectivas y hechos socialmente producidos y compartidos. Hay otras que son historias políticas de la comunidad o historias culturales, y hasta historias familiares.

Hay de todo en la historia local. Al igual que en la nacional, todo se puede investigar y se puede narrar, y así debe ser. Todo es historia. Nada debe ser ajeno a los historiadores, aunque en ocasiones estos se vean constreñidos a limitar sus trabajos a ciertas áreas, períodos o temas.

En la República Dominicana hay una cierta fascinación con la historia local. Si ustedes pudieran contar las historias de pueblos y ciudades publicadas en el país o fuera de él desde el año 1844 hasta la fecha encontrarían que nuestros centros urbanos y sus municipios y regiones aledañas han sido objeto de más de 700 libros. Este es uno de los temas preferidos por los que se aventuran a la historia.

El otro es la biografía de personajes, famosos o simplemente conocidos por los autores, pero personajes con biografías rescatables. De estos se han publicado, también, más de 700 obras desde la fundación de la República hasta estos mismos días. ¿Cómo lo sé? Pues porque los he contado y he publicado esos títulos en una *Bibliografía de la historia dominicana* que

cubre casi todo lo que se ha publicado en cada una de las ramas de esta disciplina hasta 2010. Esa obra fue editada por la Academia Dominicana de la Historia en tres volúmenes en ese año 2010.

Por ello, con este conocimiento a mano, podemos hoy decir algo acerca de lo que se ha hecho y lo que falta por hacer en materia de historia local en la República Dominicana. Veamos.

Lo primero que salta a la vista en la mayoría de las llamadas historias de ciudades y pueblos dominicanos es que muchas no son verdaderas historias, sino colecciones de fichas biográficas de personajes locales (de nuevo la biografía) y recopilaciones de anécdotas sin conexión directa con la evolución socioeconómica o cultural de la comunidad.

Muchas, la mayoría, carecen de explicaciones causales y no exploran el porqué de la dinámica de los hechos sociales, económicos políticos y culturales. Otras muchas se limitan a recoger meras cronologías periodísticas del acontecer cotidiano o del quehacer oficial de esas comunidades.

Muchas más son relatos emocionales o nostálgicos sin cronología, por lo que el lector a veces no distingue cuál hecho ocurrió primero y cuál después. Muy numerosos también son los relatos novelados que oscurecen la objetividad y hacen difícil al lector distinguir entre la realidad y la ficción.

Hay, a pesar de lo anterior, un pequeño pero significativo conjunto de obras modernas cuyos autores se preocuparon por entender la dinámica de los acontecimientos sociales y relacionarlos con lo que estaba ocurriendo en el resto del país o allende los mares

para poder comprender el entorno nacional y las influencias externas que pudieron haber operado en la ocurrencia de ciertos hechos locales.

Cualquiera que examine esas pocas obras que he mencionado podrá descubrir que tenemos autores que han hecho el esfuerzo de conectar la historia local con una historia más amplia, ya sea por la vía de la política, de los precios, de la producción agrícola, de la cultura, de los movimientos sociales, del folklore o de las organizaciones religiosas.

Tenemos algunas obras de historia local que se acercan mucho la idea de lo que debe ser una buena historia de ciudades y pueblos. Aun a riesgo de ofender a muchos autores a quienes no puedo mencionar ahora, voy a citarles nada más que diez de esas obras que les sugiero a ustedes traten de conseguir y lean para que conozcan esos ejemplos modernos de historia local producidos en el país.

Menciono en primer lugar la *Historia social de Santiago de los Caballeros 1863-1916*, de Edwin Espinal; la obra *La Romana, origen y fundación*, de Rafael Jarvis; la *Historia de Barahona 1801-1900*, de Welner Darío Félix; *Sánchez Ramírez, entre riqueza y pobreza 1952-2005*, de Juan Ricardo Hernández Polanco; *Historia de la provincia de Santiago Rodríguez y Montecristi entre campeches y bananos*, ambas de Rafael Darío Herrera; *Relatos y crónicas de Constanza*, de Constancio Cassá; *San Pedro de Macorís: Su historia y desarrollo*, de Fermín Álvarez Santana; *Mis 43 años en La Descubierta*, de Jesús María Ramírez hijo; e *Historia de los asentamientos humanos y la arquitectura en el valle de Baní*, de Ismael Díaz Melo.

Estas obras se apartan claramente de la forma tradicional de hacer historia local; se alejan de las simples cronologías de hechos sin relación unos con otros; evitan los ficheros de personajes también sin relación unos con otros; ponen atención a la dinámica de los hechos sociales, a las causalidades de los hechos económicos y a las posibles relaciones de estos con los fenómenos políticos y hasta con la ecología; son el resultado de investigaciones de archivo, uso de fuentes primarias y manejo adecuado de entrevistas; se apartan del relato novelado; y se apartan también del género autobiográfico que marca muchas de las historias locales escritas en el país.

Al resaltar esas cualidades también estamos mostrando cuál camino debemos tomar cuando deseamos emprender la reconstrucción de la historia de un pueblo o ciudad. Creo, como dije al principio, que el método no difiere mucho del que utilizamos muchos historiadores para reconstruir y narrar la historia nacional.

En cuanto al método de la historia oral conozco un excelente caso de estudio que puede servir de modelo a aquellos que desean reconstruir el pasado a partir de fuentes testimoniales no escritas. Lo narraré a continuación en primera persona volviendo mi mirada hacia los años 60 del siglo pasado, cuando todavía yo era estudiante universitario.

Aquellos fueron tiempos de grandes cambios en la República Dominicana: muerte de Trujillo, golpe de Estado, dictadura del Triunvirato y resistencia popular, agitaciones estudiantiles, movilizaciones políticas

nacionales, guerra civil, destrujillización de la universidad, elecciones fraudulentas, militarización, dictadura neotrujillista, guerrillas urbanas, en fin, muchos cambios que afectaban a la nación entera.

Poco tiempo después de concluir mis estudios de licenciatura, en 1968, salí a estudiar fuera del país y allí conocí a un joven historiador italiano que comenzaba sus investigaciones para su tesis doctoral acerca de la guerra civil de 1965 y la intervención militar estadounidense de ese año.

Piero Gleijeses es el nombre de ese académico que desde antes de graduarse fue contratado como profesor de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de Johns Hopkins, en Washington, en donde todavía enseña. Yo fui su primer contacto dominicano y le abrí mi red de amistades para que lo orientaran en sus pesquisas acerca de la guerra civil. En aquellos momentos apenas comenzaban a aparecer algunos libros publicados por periodistas extranjeros basados en sus apuntes y reportajes publicados en periódicos y revistas del exterior.

Gleijeses publicó su tesis en francés en la Universidad de Ginebra y luego en inglés en la Universidad de Johns Hopkins y, más tarde, en español en el Fondo de Cultura Económica, en México. Cuarenta años después, revisó enteramente ese texto y volvió a publicarlo en Santo Domingo, en donde circuló con gran éxito con el título *La esperanza desgarrada: La revolución dominicana de 1965 y la intervención norteamericana*.

Esa obra es una construcción historiográfica basada, no solamente en textos publicados y documentos inéditos, sino también en la realización

de numerosas entrevistas a los principales actores y testigos de la guerra civil, así como a muchos otros no tan importantes pero que podían aportar una perspectiva privilegiada de ciertos acontecimientos. Esos testigos le sirvieron a este autor para establecer con precisión la ocurrencia de algunos hechos.

Recuerdo que a su regreso de ese primer viaje, como de las posteriores visitas que hizo a la República Dominicana, Gleijeses me contaba cómo fue descubriendo quién era confiable, quién era inexacto, quién mentía, quién era veraz, quién era desmemoriado, y así por el estilo.

Gleijeses hizo grandes esfuerzos por entrevistar a personas que estuvieron en los dos bandos de la guerra para asegurarse de escuchar la mayor cantidad de versiones posibles sobre un mismo hecho desde múltiples perspectivas y, en especial, de ambos bandos en pugna.

También recuerdo que él ponía especial cuidado en verificar con dos o más informantes lo que los primeros entrevistados le decían. Esta era una manera controlar la calidad de las informaciones que recibía porque algunos informantes se hacían pasar por héroes de la guerra cuando en verdad su papel había sido mínimo o insignificante.

Como parte de su método Gleijeses solicitaba autorización a sus entrevistados para preguntarles sobre cosas que podrían incomodarles. Luego les pedía permiso para chequear la veracidad y objetividad de las respuestas con otros actores y testigos, pero en aquellos casos en que el informante le confiaba algo

de manera confidencial, este autor le daba garantías de que no revelaría la fuente de esa información.

Con este comportamiento ético y por la gran consideración con que trataba a sus fuentes orales, Gleijeses se ganó la confianza de individuos de todos los bandos y eso le abrió el acceso a informaciones que de otra manera se hubieran perdido en la memoria de los actores y testigos de la guerra civil y la intervención militar.

Gleijeses entrevistó a combatientes constitucionales, dirigentes comunistas y socialistas, líderes militares, dirigentes de los partidos políticos, diplomáticos estadounidenses, ministros y viceministros de los Estados Unidos, jefes militares estadounidenses, intelectuales, funcionarios, empresarios y profesionales dominicanos, estudiantes, periodistas, amas de casa, artistas..., bueno, a casi todo el que pudiera contarle algo sobre la guerra civil, sus orígenes, su desenvolvimiento y su conclusión.

Su libro es un modelo de investigación de historia oral combinada con los métodos de la investigación histórica convencional. Por su calidad, y porque fui testigo de su preparación y redacción, creo que puedo sugerir a todos los que se interesan en los métodos de la historia oral que busquen ese libro y lo lean y le pongan atención a sus notas para que saquen de allí lecciones útiles sobre cómo abordar una investigación basada en testimonios orales.

Esta obra es un ejemplo del uso de los métodos de la historia oral para reconstruir y narrar un acontecimiento nacional e internacional como fue la llamada Guerra de Abril de 1965. Hay otros libros parecidos

en su metodología pues ya hace tiempo que la historia echa mano de otras disciplinas y métodos que le son instrumentales para encontrar explicación a la ocurrencia de los hechos estudiados.

He querido concluir estas palabras con ese ejemplo porque normalmente alguna gente cree que la historia oral es el único método o el método principal para el estudio de la historia local y la verdad es que no es así. Los cultivadores de la historia local tienen que valerse de los dos métodos: el documental y el testimonial, pues ambos se complementan entre sí.

## Capítulo cuatro

### LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Debemos comenzar recordando que todo es historia, todo: Lo que hacemos, lo que pensamos, lo que decimos y lo que recordamos o queremos recordar.

Lo que hacemos produce estructuras. Lo que pensamos produce mentalidades e ideologías. Lo que decimos produce discursos. Lo que recordamos produce historia.

Decirlo de esta manera tan sucinta puede dar lugar a un equívoco pues podría llevar a pensar que tanto la construcción de la narrativa histórica como su transmisión son un ejercicio de la memoria, lo cual no es exactamente así porque, estrictamente hablando, el historiador en su oficio hace relativamente poco uso de la memoria.

En realidad, más que de su memoria el historiador hace uso continuo de su capacidad de relacionamiento entre hechos, ideas, conceptos y emociones tratando de articularlos en un todo narrativo que haga sentido y que describa el pasado de la manera más aproximada posible.

En esta tarea el historiador debe tener siempre en cuenta que su narración reconstructiva es solo

una de las muchas perspectivas posibles que podrían ser utilizadas para describir o explicar la ocurrencia de las cosas.

Por esa razón es forzoso concluir que, como narración, hay muchas historias posibles, aunque los hechos hayan ocurrido de una sola manera y sean irrepetibles.

En realidad, hay potencialmente tantas narraciones posibles como perspectivas epistemológicas. Esto lo sabemos bien hoy, pero ha habido épocas (no muy lejanas) en que muchos pensaban que solo existía una sola forma de hacer historia, que algunos llamaban historia "científica".

La verdad es que hay una extensa variedad de historias que buscan explicar distintos niveles de la realidad (porque la realidad posee muchos niveles de acontecer). Por ello, aquellos que desean ser historiadores o ser profesores de historia harían bien en dilucidar cuál es la teoría de la realidad (y de la realidad social) que mejor les permite explicar la ocurrencia del pasado.

No quiere decir esto que cada historiador o maestro de historia sea un filósofo que esté obligado a explicar las causas últimas del universo. No. Lo que quiero decirles es que, por detrás de los conocimientos empíricos que poseemos, sepámoslo o no, todos somos portadores de una concepción de cómo funciona la realidad y es en función de esa concepción como explicamos el acontecer social, que es el objeto de estudio de la historia.

Esto es así porque de lo que trata la historia es del estudio de las sociedades, de los grupos sociales en

su devenir, no de los individuos aislados. De estos se ocupa la biografía. Sabemos que son rarísimos los casos de individuos que puedan vivir aislados del resto de la humanidad. Estos también pueden ser estudiados, pero de ellos no se ocupa la historia.

Como de lo que se trata es de explicar la realidad social en su proceso de formación y transformación a lo largo del tiempo, conviene al historiador y al profesor de historia estudiar y conocer aquellas disciplinas que la humanidad ha ido desarrollando para entender y manejar esa realidad.

Me refiero a aquellas ramas del saber que sirven para explicar la evolución de la economía, la formación y transformación de los grupos sociales, los modos de conflicto y cooperación entre esos grupos, la creación de las ideologías y la expresión de las mentalidades.

Entonces, si lo que deseamos es entender la historia a profundidad, le viene útil a los historiadores y profesores de historia estudiar y entender un poco de economía, sociología, antropología, ciencia política, geografía y estadística, además de otras disciplinas más técnicas como la arqueología, la paleografía, la archivística, etcétera.

¿Por qué la economía? Pues porque los seres humanos tienen, primero que todo, que producir y trabajar para comer, vestirse y alojarse. El trabajo humano y sus consecuencias (la producción, la acumulación y la distribución) son el objeto de estudio de la economía.

¿Y para qué quiere usted que estudiemos o conozcamos de sociología? me preguntarán también. Pues porque lo que busca la historia es entender

cómo evolucionan las sociedades desde la más simple hasta la más compleja, esto es, desde la familia nuclear, a la banda, al clan, a la tribu, a la nación, al imperio, hasta llegar al mundo global.

Se trata no solo de entender y explicar el funcionamiento de esos grupos fundamentales, sino de todos los demás grupos o instituciones en que se organizan internamente las sociedades: hordas, ejércitos, compañías por acciones, bancos, partidos, seminarios y conventos, escuelas y universidades, cooperativas, etcétera, porque es a través de ellos que se desenvuelven funcionalmente los seres humanos.

Sobre la importancia de entender algo de antropología es bueno recordar que gracias a ella conocemos hoy la gran importancia y función de la cultura en el acontecer histórico. Antes se creía que el cambio histórico podía ser explicado solamente a partir de los intereses económicos y de la lucha política.

Hoy sabemos que esa era una visión limitada y que no es así, que el lenguaje y el discurso, la psicología social y la escritura, la ideología, la religión y las mentalidades forman un tejido conjuntivo fundamental en el funcionamiento de las sociedades que (repito) es también el objeto de estudio de la historia.

Digámoslo otra vez: las sociedades, no los individuos son el foco de la historia. Para estudiar estos están la psicología y la biografía

Las sociedades se mueven también en una incesante dialéctica de conflicto y cooperación. La antropología y la sociología ayudan a entender muchas de las causas de esa dinámica, pero no llegan a los detalles que busca la ciencia política.

Aunque personalmente tengo mis reservas sobre el nombre de esta disciplina que se nutre mucho de las llamadas ciencias sociales, reconozco que algunas de sus teorías son útiles para ayudar a describir el cambio político y las articulaciones de intereses a partir del movimiento pendular de los grupos sociales entre el conflicto y la cooperación.

Ustedes también se habrán preguntado por qué he enfatizado la importancia de estar familiarizados con los conceptos estadísticos y les responderé de inmediato. La Realidad (en mayúsculas), tanto la física como la social, se expresa mediante regularidades y rupturas que pueden ser registradas numéricamente. Los procesos naturales generalmente presentan regularidades y patrones de desenvolvimiento que pueden ser cuantificados y que al serlo amplían la visión causal o fenoménica que tenemos de la realidad social.

En ocasiones el historiador necesita saber, por ejemplo, cuántos embarazos tienen las mujeres de una sociedad antes de llegar a la menopausia; cuántos niños sobreviven el primer o los primeros cinco años; cuántos adultos llegarán a los cincuenta años; cuántos alimentos produce una tribu o una nación en un año; entre cuántas personas pueden distribuirse esos alimentos; cómo se distribuyen y quiénes reciben más o menos; quién o quiénes tienen el poder de decir la forma en que se distribuirán esos alimentos y los demás bienes de esa sociedad; cuánta moneda hay para realizar transacciones; cuántos enferman y de qué; cuántos mueren y de qué; cuántos esclavos o inmigrantes llegaron a la sociedad en estudio; cómo se distribuyeron esas personas; en cuáles períodos lo hicieron, etcétera.

En menos palabras: Es útil saber o entender algo de estadística. Sin ella, la historia explica menos. Con ella, se abren puertas ilimitadas de interpretación y reinterpretación de la realidad social.

Estas no son las únicas ramas del saber que ayudan a los historiadores y profesores de historia a enriquecer su trabajo. Esas son apenas las que tradicionalmente han sido consideradas como fundamentales para el ejercicio de la profesión.

Hoy, modernamente han surgido nuevas asociaciones entre la historia y la literatura, entre la historia y la filosofía, entre la historia, la lingüística y la filología, entre la historia y la psicología, y entre la historia y la religión.

Estas son conexiones que están produciendo conmociones en muchas universidades, pues al encontrar nuevas relaciones interdisciplinarias los académicos han venido desarrollando un nuevo campo de reinterpretación histórica llamado ahora de los “estudios culturales” (*cultural studies*) dentro de un nuevo clima intelectual que ahora llaman posmodernismo.

Creo que, por conveniencia o por advertencia, tanto los historiadores profesionales como los profesores de historia deberíamos estar bien informados acerca de este movimiento que está copando los departamentos de literatura, historia y artes en muchas universidades, particularmente en Norteamérica.

Ese movimiento comenzó como un enriquecimiento de los estudios históricos. Al principio era interesante explorar y escribir acerca de las relaciones entre sociología y artes plásticas, y por eso fue tan atractivo leer libros sobre la historia social

del arte. Más adelante, surgieron otras exploraciones acerca de, por ejemplo, las conexiones entre las maneras de mesa y la estructura social, y luego acerca de cómo se veían entre sí los grupos sociales, destacándose, entre ellos, la visión del “otro”.

Así fueron surgiendo numerosos estudios muy originales que sacaron la historia de los moldes clásicos de la economía y la sociología, la política, la diplomacia y la historia militar, entre otras, y la catapultaron hacia un horizonte ilimitado de posibilidades combinatorias con las disciplinas humanísticas.

A todo ello se añadió la aparición de los llamados estudios posmodernos que han hecho énfasis en la tesis de que la historia se distingue muy poco de la literatura porque el vehículo de ambos es el lenguaje escrito y, en ambos casos, los autores no hacen más que inventar una realidad que es difícil, sino improbable, demostrar que haya ocurrido exactamente como ellos lo narran.

En el caso de la historia esa concepción es cuestionada por los estructuralistas (incluyendo a los llamados positivistas) que sostienen que la narración tienen un fundamento verdadero porque está amparada en materiales concretos heredados del pasado, esto es, monedas, edificios públicos, viviendas, pergaminos, memorias, pinturas y fotografías, utilería doméstica, restos arqueológicos, etcétera. Según los estructuralistas, no es posible descartar esos elementos materiales como inexistentes, pues tienen una realidad concreta y son la demostración de que hubo un acontecer social ligado a esos “documentos” que es posible reconstruir o explicar.

“No necesariamente”, dicen los posmodernos hoy. Según ellos, el discurso histórico es una construcción levantada sobre una trama creada por el historiador a partir de elementos escasos examinados desde una perspectiva personal particular que difiere de las posibles perspectivas de otros historiadores y es por ello que existe tal diversidad de “historias” sobre un mismo acontecimiento.

Si tuviéramos tiempo, podríamos dedicarle un buen rato al debate entre los posmodernos y los estructuralistas que domina hoy la enseñanza de la historia y algunos países desarrollados en los que el posmodernismo se ha venido apropiando de los llamados estudios culturales.

Apunto ese debate para que ustedes tengan una idea de por dónde se mueve hoy la disciplina que ustedes enseñan en las escuelas y universidades bajo la creencia de que los conocimientos que ustedes transmiten están sólidamente establecidos y no son susceptibles de ser revisados.

A los que se sienten muy seguros de que lo que saben y transmiten es algo definitivo, permítanme decirles que su saber tiene un carácter provisional.

No me refiero al saber cronológico que fija la ocurrencia de los hechos en un calendario (juliano, gregoriano o napoleónico), no. La cronología como base de la historia es incambiable. Los hechos ocurrieron una sola y única vez en un espacio y un tiempo dados, y son irrepetibles. Eso es algo que no es posible cambiar.

Me refiero, más bien, a que la historia es una construcción que intenta acercarse a la ocurrencia de los

hechos de la manera más aproximada posible, pero como de esos hechos lo que queda son documentos incompletos, el historiador se vale de determinados métodos para encontrar conexiones causales entre ellos que le posibiliten explicar su ocurrencia, esto es, que le permitan mostrar que unos causaron otros que a su vez fueron causados por otros anteriores, y así sucesivamente.

Esto es importante tenerlo en cuenta porque la explicación histórica tiene como objeto mostrar las causalidades, señalar *cómo* ocurrieron los hechos para enseñar *porqué* se produjeron. Dicho de otro modo: muchos historiadores trabajan, tal vez sin saberlo, bajo el supuesto epistemológico de creer que buscando el *cómo* se puede encontrar el *porqué* de los acontecimientos.

Entiendo que uno de los puntos clave de la enseñanza de la historia es hacer saber al estudiante que no hay azar en la historia, que unas cosas anteceden a otras, y esas a otras y a otras..., y que las que suceden vienen causadas por las anteriores porque es ontológica y epistemológicamente imposible que ocurra lo contrario. El presente no puede ser causa del pasado.

Esto que parece tan elemental (y que tal vez ustedes estén resintiendo que lo repita tanto) me recuerda una situación que viví hace ya muchos años, creo que a finales de los años 70 o principios de los 80 del siglo pasado. Permítanme contársela:

Un día recibí una carta del secretario de Estado de Educación pidiéndome que asistiera a una reunión en el departamento de curriculum (como se llamaba

entonces) para que asesorara a unos técnicos y profesores que estaban involucrados en la revisión del *pensum* de la historia dominicana para las escuelas secundarias.

Cuando leí el documento redactado por ellos observé que el programa de las lecciones a impartir estaba dispuesto sin orden cronológico. Recuerdo que la Guerra de la Restauración (1863-1865) estaba colocada para ser enseñada antes que la Dominación Haitiana (1822-1844), y así ocurría con otros episodios de la historia nacional.

Cuando me pidieron mi opinión les observé que ese orden debía ser corregido pues alteraba la noción de causalidad. Grande fue mi sorpresa cuando me contestaron que de ninguna manera lo cambiarían porque así era como ellos creían que debía enseñarse ya que ellos eran los expertos en *curriculum* y que una cosa era ser historiador y otra ser profesor de amplia experiencia como ellos eran.

Me sentí tan apabullado por la arrogante respuesta y la terquedad de aquellos “expertos” que pedí permiso y me retiré sin más comentarios. No sé si alguien reflexionó luego y cambiaron el orden de los temas o si el programa oficial de enseñanza de la historia dominicana quedó como ellos lo habían presentado en esa reunión.

Parece increíble, ¿no? Pues no lo es, y les voy a decir por qué. Para ello les voy a referir otro episodio de mi vida que ilustra por qué hay que tener en cuenta la noción de la causalidad para la adecuada enseñanza de la historia. Por favor excúsenme la personalización del caso, que es como sigue:

En mi época de estudiante en la escuela secundaria se enseñaba historia dominicana en el tercer curso del bachillerato. Había entonces un solo libro de texto, el *Resumen de historia Patria* de Bernardo Pichardo, libro muy útil como anecdotario político del período republicano, elaborado como una colección de fichas generalmente inconexas sin relación de causalidad ninguna.

Los profesores acostumbraban entonces (y todavía muchos lo hacen) a señalarles a los estudiantes la lectura del texto escogiendo solamente ciertas páginas y, en el caso del libro que nos ocupa, nos decían: “lean las fichas tales o cuales, y salten tales y cuales”. En el salón de clase nos examinaban sobre las fichas que debíamos memorizar y nos quedábamos sin saber por qué nos habían puesto a leer unas fichas y otras no.

Cuando nos quejábamos de esa falta de sentido en las lecturas, los profesores nos decían que esos eran los puntos del programa que la Secretaría de Estado de Educación ordenaba enseñar y que por eso había que “enseñarlos” selectivamente de esa manera. Ya pueden imaginarse.

Así, el curso de historia dominicana se resumía en memorizar fichas del mencionado libro sin saber cuáles conexiones había entre unos hechos y otros y, por lo tanto, los estudiantes terminábamos sin aprender historia. Tan poco aprendí yo en ese curso que cuando llegó la hora de los exámenes finales mi nota fue 49 puntos: ¡me quemé en historia dominicana!

Ustedes se preguntarán cómo logré pasar de curso en los exámenes completivos del siguiente mes de julio. Les diré: Me aprendí todo el libro de memoria,

y me dediqué a olvidarlo en los meses siguientes, de manera que para las navidades de ese año ya no recordaba nada de lo que había leído.

Entonces no pensaba ni imaginaba yo que algún día sería historiador. De cómo llegué a serlo es otra historia que guardaré para contarla en otra ocasión. Sí sé que esa experiencia me dejó una lección guardada para el resto de mi vida, y esa lección es que la historia debe enseñarse para que el estudiante entienda que las cosas ocurren por una razón (o por varias), y que es deber del historiador y del maestro entender los hechos para poder mostrar las causalidades.

La enseñanza de la historia, entonces, debe ser causalmente explicativa. El maestro debe poseer el instrumental conceptual necesario (recuerden: economía, sociología, antropología, geografía, estadística, psicología, etc.) para entender las causalidades, pues estas no derivan de una sola fuente, ni los hechos tienen una sola causa.

Esto de la explicación monocausal es uno de los más egregios errores que cometen algunas personas que desean escribir historia. Conozco casos notables de destacados intelectuales que asumen que toda la historia de un período o de un largo proceso o episodio deriva de una sola causa.

Tenemos muchos ejemplos de explicaciones monocausales en la historiografía dominicana como aquella que dice que el retraso del capitalismo dominicano en el siglo XIX se debía a que no había una burguesía nacional, o que la conquista de América estuvo únicamente motivada por la evangelización,

o que el subdesarrollo nacional dominicano lo causaba una supuesta arritmia histórica que lo permeaba todo.

Pero también hay otra debilidad importante en la enseñanza de la historia de la cual debemos cuidarnos, y me refiero a la costumbre que tienen muchos profesores de comenzar y mantenerse en los detalles y en las anécdotas sin relacionar causalmente los procesos.

Ese era el caso de mi profesor en la escuela secundaria (quien, recordándolo a la distancia, no sabía mucha historia), que llenaba las horas contando anécdotas, como la de la batalla del Santo Cerro y otras de los caudillos decimonónicos porque no tenía idea de la historia como proceso.

Una anécdota puede ser útil en algún momento de una clase de historia, pero lo que realmente importa es que los estudiantes comprendan la dinámica general de los procesos, que entiendan que la historia es un flujo de acontecimientos en los que un evento lleva a otros y así sucesivamente.

Para ello, hay un método simple, elemental, que creo funciona bien tanto a nivel primario como secundario y que he aplicado para evitar que mis estudiantes sufrieran una misma experiencia similar a la que yo padecí en el tercer curso del bachillerato.

Ese método parte de la noción de que el ser humano aprende mejor y más rápidamente (primero) cuando se va de lo general a lo particular, y (segundo) cuando sus lecturas se orientan más a comprender las líneas generales de la narración antes que los detalles.

Considero más acertado y funcional hacer que los estudiantes lean primero grandes bloques del texto y luego regresen a los detalles, en vez de comenzar (como se hace normalmente) con la memorización de hechos particulares.

Creo que la enseñanza de la historia debe tener como meta hacer que el estudiante asimile y retenga una visión general del acontecer para que pueda entender y sea capaz de explicar la “trama” de los acontecimientos, como lo hace cualquier persona de inteligencia normal cuando lee una novela o ve una película, y alguien le pregunta acerca del argumento o de la trama.

Tanto en el nivel primario como en el de la educación secundaria y universitaria he probado este método y les aseguro que funciona. Lo repito: Hay que lograr que el estudiante haga primero una lectura general para que obtenga una visión global de los acontecimientos. Luego, entrar en los detalles.

Escribí este sencillo método en un instructivo para padres y maestros que incorporé en un libro que los profesores más jóvenes tal vez no conocen, *Historia dominicana para niños (cuarto curso)*, publicado en Barcelona en 1977.

Ya que ustedes me han invitado a hablarles de la enseñanza de la historia, y a riesgo de que se me aburran, permítanme leerles ese instructivo que resume mucho de lo que he venido exponiendo anteriormente. Dice así:

“Este libro ha sido escrito para ser leído por todos, niños y adultos, y para ser utilizado como texto en la enseñanza de la historia dominicana en el cuarto curso de la escuela primaria.

“Ha sido escrito especialmente para que los niños de nuestras escuelas aprendan *cómo* transcurrió nuestra historia desde antes de descubrimiento de nuestra isla hasta la proclamación de la Independencia en 1844.

“El texto ha sido preparado en quince capítulos que pueden ser leídos en siete minutos cada uno, de manera que el niño no se fatigue en su lectura.

“Antes de enviarlo a la imprenta, este libro ha sido leído por muchas personas, padres, profesores y estudiantes, cuyas experiencias y sugerencias he aprovechado al máximo.

“También ha sido probado con niños de cuarto curso en diversas escuelas y colegios quienes han demostrado total receptividad al contenido y siguiente método de enseñanza:

“1°. El profesor lee un capítulo en voz alta delante de todos los alumnos, quienes a su vez escuchan con sus libros cerrados sobre su pupitre y butaca (7 minutos).

“2° El profesor pide a los alumnos que abran sus libros en el capítulo de la lección correspondiente y reinicia la lectura en voz alta, que es seguida en lectura silenciosa por los alumnos (7 minutos).

“3° El profesor comenta la lección con los alumnos, pregunta el significado general del capítulo e indaga la comprensión de los alumnos de los detalles y contenidos de la lección. Asimismo, el profesor explica el significado de las palabras nuevas que aparecen normalmente en letras cursivas y responde a las preguntas de los alumnos (15 minutos).

“4° El profesor pide a los alumnos que abran sus libros nuevamente y hace que varios de ellos lean partes sucesivas de la lección hasta acabar el capítulo (10 minutos).

“Total: 44 minutos de clase.

“Este sencillo método, que ha sido ensayado con éxito muchas veces, se basa en el hecho de que en aprendizaje de la historia el individuo aprende siempre en un proceso lógico que va de lo general a lo particular.

Por esta razón se comienza con una lectura global que ofrece a los alumnos la visión de conjunto de la lección. La segunda lectura ofrece la reiteración del contenido y ayuda al alumno a comprender nuevos detalles a través de su propia lectura.

“La discusión y preguntas sobre la lectura, entre el profesor y los alumnos, debe aclarar todas las interrogantes de los estudiantes, incluyendo el significado de las palabras nuevas. Se supone que el profesor conoce todas las palabras y tiene a mano un diccionario para utilizarlo en caso de necesidad.

“Normalmente los alumnos no logran una comprensión cabal de los contenidos debido a la falta de dominio del significado de las palabras nuevas que leen. Por eso, la enseñanza de la historia en la escuela primaria exige una cuidadosa atención al uso del lenguaje, de manera que, además del aprendizaje de los hechos históricos, el niño enriquezca cada día su vocabulario.

“Como auxiliar de los ejercicios de enriquecimiento del lenguaje, aparece al final del libro una lista que contiene las palabras escritas en cursivas en

cada capítulo. A indicación del profesor los alumnos deben preparar glosarios como parte de sus tareas. La preparación de oraciones, frases y composiciones utilizando las nuevas palabras es un ejercicio necesario.

“Otro ejercicio que el profesor debe pedir que hagan los estudiantes es buscar en láminas, dibujos, retratos, mapas y grabados que tengan relación con el texto. Con esta actividad se amplía el horizonte cultural del alumno y estimula su curiosidad. [Hoy habría que pedirles a los alumnos buscar en el internet].

“La razón por la cual los alumnos deben realizar una tercera lectura llevada a cabo *por ellos mismos sucesivamente* es lograr una reiteración de los contenidos y una *participación activa* en la transmisión y asimilación de los nuevos conocimientos. La experiencia enseña que los alumnos sienten placer al leer en voz alta para sus compañeros.

“Este libro ha sido escrito en una forma narrativa y analítica que asegura la noción de continuidad de cada proceso estudiado en cada capítulo. La historia es fundamentalmente acontecer. Y el acontecer es siempre fluido y continuo.

“En la enseñanza de la historia en la escuela primaria [y secundaria] es aconsejable mantener siempre viva la noción de la continuidad porque solo con ella adquiere el alumno la comprensión de la causalidad de los hechos y su significado y, por lo tanto, mantiene su interés en lo que estudia. Si esto no ocurre, el alumno se ve obligado a recurrir a la memoria como último recurso.

“El aprendizaje de la historia debe llevarse a cabo a través de la *comprensión de las causalidades* y del *sentido de los acontecimientos*. La memoria como último recurso produce solo conocimientos frágiles y fragmentarios de difícil retención en la conciencia.

“La función de la historia [en la escuela primaria] es crear conciencia nacional, y esta se adquiere a través de la *comprensión* del pasado. La memorización de fechas y hechos aislados solo produce una visión anecdótica de lo que fue. Por esta razón este libro ha sido escrito poniendo mayor énfasis en los procesos y causas que en fechas y hechos aislados sin conexión entre sí. Aprendida de esta manera la historia, el alumno adquirirá una noción clara del pasado de su pueblo y terminará siendo un ciudadano más consciente”.

Creo que las consideraciones anteriores son suficientes para dejar en el ánimo de ustedes algunas inquietudes sobre el objetivo inmediato de la enseñanza de la historia en los niveles primario y secundario, y hasta universitario.

Para inquietarlos aún más, permítanme concluir postulando que lo más importante de todo el esfuerzo didáctico es que el estudiante quede con una noción de proceso de los acontecimientos, tal como le ocurre al lector común cuando termina de leer una novela.

En este caso, el lector sabe cómo comenzó la historia, como se desarrollaron los personajes y cómo concluyó la trama. Tal vez no pueda citar al detalle los hechos más particulares, pero sí tiene una idea de la estructura de la narración que puede explicar por sí mismo.

Alcanzar algo así es a lo que debemos aspirar cuando enseñamos historia: el objetivo es que el estudiante adquiriera conciencia de que él y su sociedad son el resultado de un largo proceso que posee una dinámica única que puede ser comprendida y narrada no solo por el texto que estudian, sino también por ellos mismos.

Esta es una meta modesta, lo reconozco, pero si logramos que el estudiante salga con una noción de los grandes pasos que ha dado la humanidad en general, o la sociedad dominicana en particular, en su singular evolución, es posible que podamos decir que hemos cumplido con nuestra misión como educadores.



## Capítulo cinco

### HISTORIA, PERIODISMO Y SOCIOLOGÍA

Comencemos con una premisa: Tanto el historiador como el sociólogo y el periodista, en el ejercicio de sus actividades respectivas, se ocupan básicamente de una misma realidad: la sociedad, o, si se quiere decir con más precisión, las sociedades en su continuo devenir, mutación, cambio, desarrollo, evolución o como quiera llamársele.

Esta premisa tiene bastante importancia para la discusión que hoy nos reúne aquí pues con ella nos acercamos, en cierto modo, al objeto de estudio de cada disciplina ya que, aunque parezca que es el mismo asunto en que se ocupan tanto historiador como el sociólogo, la práctica nos dice que sus ocupaciones son diferentes.

¿A qué se debe que la historia y la sociología sean dos disciplinas distintas? ¿A qué se debe que el historiador y el sociólogo sean dos profesionales diferentes? Si pudiéramos responder a estas preguntas, creo que estaríamos en capacidad de diferenciar metodológicamente ambas disciplinas.

Digamos, para empezar, que la sociología puede definirse como la actividad intelectual que estudia

lo que llamamos “realidad social” con el objeto de determinar las regularidades que operan dentro de la misma para de esa manera hacer más inteligible la conducta grupal y llegar eventualmente al establecimiento de leyes y postulados científicos elaborados, en la mayoría de los casos, inductivamente; casos y leyes que sirven para explicar otras conductas humanas grupales –pasadas o presentes– y que sirven, asimismo, para predecir conductas humanas grupales de ocurrencia futura.

Dicho de otra manera, la sociología se ocupa de la determinación de las regularidades o leyes que rigen el comportamiento humano grupal dentro de un contexto social determinado. Así de simple, me parece a mí, podemos definir la sociología para los fines de este diálogo.

He dicho que el sociólogo se ocupa del estudio de la conducta humana grupal –de la realidad social, mejor dicho– tanto pasada como presente. Esto quiere decir que tanto el devenir actual como el pasado son susceptibles de caer bajo la mirada del sociólogo quien aplicando los métodos de su disciplina irá a buscar factores explicativos de la conducta humana grupal que, de repetirse dentro de contextos similares, podrían producir efectos similares. Por eso la sociología tiende a ser una ciencia aplicada cuyas leyes y métodos se utilizan para comprender y manipular la realidad social.

El historiador, en cambio, observa y estudia el devenir humano que ha dejado de ser, que agotó de una sola manera una de sus muchas posibilidades de realización. El historiador tiene que vérselas con

un pasado que fue real como este mismo presente que estamos viviendo, pero que ya no lo es. Un pasado que con el paso del tiempo va siendo olvidado, va perdiendo relieve, va estableciéndose en formas distorsionadas del pensamiento y de la memoria individual y colectiva, no como fue realmente sino como los propósitos conscientes e inconscientes de los pueblos, naciones, clases o grupos de interés lo han determinado, creándose así tradiciones falsas, mitos, leyendas o, simplemente, interpretaciones inexactas, incompletas o distorsionadas.

Por ello, aunque la realidad social es, ontológicamente la misma, cuando el historiador la aborda con intención de estudiarla se le presenta un requisito previo, que es su reconstrucción, pues esa realidad ha dejado de ser directamente observable y su mayor o menor lejanía temporal condiciona, en mayor o menor grado, las posibilidades de observarla en su ocurrencia y causalidad.

Repetimos, pues, que antes de explicar la realidad social o, por lo menos mientras intenta hacerlo, el historiador está obligado a reconstruirla. Pero como esto no es posible realizarlo totalmente, por razones que hemos explicado anteriormente, el historiador tiene que elaborar hipótesis cuyos métodos de validación difieren bastante de los métodos utilizados por el sociólogo.

Aquí reside el aspecto diferencial entre la vía de acceso a la realidad social del sociólogo y del historiador. Al sociólogo la realidad social, cuando se ocupa del presente, le es algo dado, inmediato, concreto, directamente observable, hasta manipulable si

se quiere. Al historiador, en cambio, la realidad social le es algo remoto, distante, observable solamente en función de los restos que han podido conservarse de un pasado que fue mucho más completo que el que percibe actualmente.

Esa realidad pretérita que el historiador intenta estudiar es observable solamente mediante la adopción de una actitud mental que implica la capacidad de suspender momentáneamente la visión del ambiente circundante para imaginar metódicamente cómo ocurrieron las cosas.

Ustedes seguramente conocen el ya clásico libro de Wright Mills, *La imaginación sociológica*. Así como Mills postulaba la necesidad de poseer y aplicar una imaginación metódica para que el sociólogo pueda abordar y entender la realidad social, así también, creo yo, es necesario que el historiador adopte esa actitud mental que le permita “ver” las cosas del pasado de manera similar a como el sociólogo ve las del presente.

En otras palabras, el historiador deber poseer la capacidad de pensar históricamente porque no es lo mismo pensar históricamente que pensar sociológicamente y, precisamente, porque ambos modos de pensar son diferentes, los modos de abordar la realidad social, en uno y otro caso, también habrán de ser diferentes.

(Es importante tener presente esta cuestión de la imaginación metódica porque la misma supone la capacidad de considerar el hecho histórico como algo ontológicamente similar a cualquier hecho o episodio, puesto que ambos forman parte del mismo flujo continuo de la realidad social).

Pero, atención, por favor: no crean que con esta afirmación estoy sosteniendo un subjetivismo metodológico. Simplemente estoy postulando que para que el sociólogo y el historiador puedan estudiar la realidad social es necesario que cada uno, dentro de su propia temporalidad operativa, adopte una óptica particular frente a esa realidad social.

Es debido a la singularidad de su ocurrencia temporal que la realidad social se presenta ante uno y otro investigador como fenomenológicamente diversa, aunque ontológicamente sepamos que esa realidad es solo una, un solo flujo de ocurrencia universal.

Partiendo de lo anterior, podemos decir entonces que los modos de pensar propios del historiador y del sociólogo implican modos diversos de tratar con la realidad social que se reflejan en la diferenciación de sus metodologías de investigación, pues no es lo mismo pensar históricamente que sociológicamente.

Cuando el sociólogo inquiere dentro de la realidad social en busca de regularidades en la conducta de los grupos humanos, su pensamiento tiende a suspender conceptualmente el flujo de la realidad y a registrar aquellos aspectos cualitativos y cuantitativos cuya mayor o menor acumulación serán los elementos más significativos de la explicación de causalidades que el sociólogo utilizará para comprender y manipular la realidad.

En otras palabras: el pensamiento sociológico es básicamente de naturaleza estadística puesto que supone que la explicación de la realidad social depende de la distribución, frecuencia e interrelación de eventos y

casos, y de la mayor o menor información disponible en relación con la incidencia de rasgos sociales o patrones de conducta humana grupal dentro de contextos sociales determinados. También supone que esa información es significativa en la medida en que establezca casuísticamente el modo de ocurrencia de los hechos bajo estudio.

Algo diferente ocurre con el pensamiento histórico. Pensar históricamente significa poner atención al modo en que los hechos sociales fueron transcurriendo y produciéndose, siempre, desde luego, dentro de un contexto dado, pero sin perder de vista la dinamicidad de su ocurrencia.

Pensar históricamente es un “pensar en gerundio”. Para el historiador la realidad social es explicable solo en función de la sucesión de ocurrencias, no en función de la incidencia o frecuencia o distribución estadística de esas ocurrencias, como es el caso del sociólogo.

En otras palabras: la naturaleza de la explicación histórica procede de la misma naturaleza del pensar histórico que busca la causalidad de los hechos sociales más en la ocurrencia de hechos anteriores que en la simple incidencia estadística.

Además de esas diferencias, hay otra zona en que ambos especialistas tratan en forma diferente la realidad social, y esta es la zona de los instrumentos de análisis que ambos deben utilizar para estudiar los hechos sociales.

Hace un momento decíamos que, aunque tanto el historiador como el sociólogo se ocupan del estudio de la realidad social, ambos tienden que observarla desde perspectivas diferentes.

En el primer caso, el historiador tiene que encarar, como problema previo, la reconstrucción de la ocurrencia de los hechos de la manera más aproximada posible, al tiempo que elabora su narrativa. Sin reconstrucción no hay narración plausible puesto que el objeto de estudio del historiador, la realidad pasada, se le presenta, parcial, incompleta, mutilada debido a las pérdidas documentales sufridas con el paso del tiempo.

Este punto es crucial en la discusión de este problema porque para el historiador la realidad social es explicable solamente en la medida en que su dinamicidad quede claramente puesta de manifiesto, ya que sin el supuesto previo de esta dinamicidad no es posible explicar cómo o por qué ocurrieron los hechos que le interesa estudiar.

Así, pues, las diferencias entre la historia y la sociología residen en algo más que en sus técnicas de investigación. Esas diferencias determinan la forma (el método) de abordar un mismo objeto, ya que ambas ópticas atienden a distintas las temporalidades en que ese objeto se presenta.

Por ello, aun cuando el historiador utiliza la estadística, la demografía, la geografía, la economía, la antropología y la misma sociología como ciencias auxiliares en la reconstrucción del pasado, su labor será siempre diferente a la de los especialistas de esas ciencias particulares.

La razón es que el historiador, al mismo tiempo que reconstruye, también explica la realidad social en términos de las causalidades específicas a cada hecho estudiado. Esas causalidades tienen conexiones

espaciales, temporales y culturales que no pueden ser medidas ni expresadas solo estadísticamente.

No es que el historiador deseche la búsqueda de las regularidades explicativas en la ocurrencia de los hechos sociales, no. Es que cuando el historiador tiene que ocuparse de la determinación de esas regularidades debe hacerlo a través de una previa reconstrucción del pasado.

Lo que es más interesante es que esas regularidades han de ser establecidas siguiendo métodos específicos de las distintas disciplinas auxiliares. En otras palabras, el historiador tiene que analizar lo que las demás ciencias sociales, incluyendo la sociología, pueden darle para explicar la realidad social que él intenta reconstruir de acuerdo con las técnicas particulares de la metodología histórica, técnicas que ha ido depurándose a medida que la historia ha ido convirtiéndose en una disciplina que ofrece resultados cada vez más precisos.

Podríamos continuar con esta discusión por mucho tiempo más, pero vamos a detenernos aquí para ocuparnos de las diferencias entre historia y periodismo, anunciadas al comienzo de esta exposición.

Comencemos definiendo brevemente lo que hacen los historiadores y comparémoslo con lo que hacen los periodistas de manera que tengamos un terreno común de discusión.

Empezamos, pues, diciendo que el historiador y el periodista tienen ante sí un mismo objeto de trabajo, y este objeto es el acontecer social en todas sus dimensiones. El objeto de la historia es el estudio de las sociedades humanas y de los grupos sociales en evolución.

Ya hemos dicho que la historia no trata de individualidades porque sencillamente no hay seres humanos aislados. El estudio de la vida de determinados individuos, a través de la reconstrucción de su biografía, solamente tiene sentido cuando esas vidas quedan referidas a, o enmarcadas en un contexto social que las contiene y les otorga un valor y una función social específica.

El periodista tiene ante sí el mismo objeto de consideración que el historiador, esto es, las sociedades, el acontecer social en todas sus dimensiones, además de la vida de los individuos actuando en determinados contextos sociales.

La diferencia fundamental entre el periodismo y la historia, a pesar de la similitud del objeto de trabajo, es clara y se refiere más bien a la temporalidad de la ocurrencia de los hechos que cada disciplina maneja. El periodista se ocupa de la descripción y narración de la ocurrencia de hechos coetáneos y contemporáneos, en tanto que el historiador se ocupa de la reconstrucción, descripción y narración de hechos que son considerados como "pasados".

Esta distinción tan simple da lugar a diferencias metodológicas más complejas pues la forma en que ambos, periodista e historiador, abordan los hechos difiere notablemente debido a la diferente temporalidad de su ocurrencia.

Mientras el periodista trabaja con evidencias inmediatas producidas por actores y testigos activos de los cuales, muchas veces, él forma parte como observador participante, el historiador, por su parte, labora con evidencias mediatas, con restos documentales

dispersos, y con testigos y actores cuya memoria ha sido fragmentada o borrada total o parcialmente.

Más todavía, el periodista está obligado por los cánones de su profesión a describir los hechos lo más rápidamente posible para ganar el mercado de la noticia, mientras que el historiador generalmente tiene disponible un tiempo más largo para examinar sus evidencias y construir su narración.

El periodista tiene entonces que responder a unas cuantas preguntas básicas (las famosas *W* del inglés: qué, quién, cuándo, dónde y por qué), para componer una síntesis de cómo ocurrieron los eventos acerca de los cuales él informa o analiza su ocurrencia.

En ese sentido, la labor del periodista es, metafóricamente hablando, fotográfica, lo que quiere decir que su tarea privilegia el aquí y el ahora, sin descuidar, desde luego, los antecedentes y las consecuencias, mientras trata de responder a los intereses generales de sus consumidores que quieren saber qué pasa en su sociedad en este momento presente (entendido este presente, como algo más amplio que este preciso minuto de nuestros relojes).

La tarea del periodista, como se ve, es bastante seria pues no es poca cosa capturar el presente que siempre está fluyendo, dejando de ser y convirtiéndose en otra cosa.

El historiador tiene otras obligaciones no menos serias. Como del pasado lo que quedan son restos dispersos, el historiador debe hacer un esfuerzo supremo por lograr una integración de esos materiales, de manera que su reconstrucción y narración

también hagan sentido y correspondan de alguna manera con los hechos que ocurrieron.

El problema del historiador es que esa reconstrucción tiene que ser realizada a partir de datos fragmentarios que señalan parcialmente la ocurrencia de los hechos o que a veces sugieren situaciones que tal vez no ocurrieron nunca.

La historia es primordialmente reconstrucción y, al igual que el periodismo, es también descripción y narración, pues ambas disciplinas se originan en la necesidad que tienen las sociedades de explicar su presente a través de la comprensión de su pasado inmediato o mediato. Recuerden que los primeros historiadores de la humanidad fueron los ancianos de las familias, clanes y tribus que memorizaban aquellos eventos que tenían alguna significación para el manejo o la manipulación, mágica o no, del presente.

Ambos profesionales, el periodista y el historiador, se aproximan a la realidad desde dos perspectivas epistemológicas diferentes que vienen dadas en función de la diversa temporalidad de sus objetos, ya lo hemos dicho.

En ambos casos la aproximación a los hechos exige que el resultado de ese esfuerzo cumpla con una misma primera condición que es la verosimilitud. Esto quiere decir que la narración que ambos escriben debe ser algo que pudo haber ocurrido realmente. Y para garantizar que esa verosimilitud no es ficticia –porque también las novelas y otras obras de ficción son verosímiles– el periodista y el historiador deben mostrar el fundamento de sus

afirmaciones y sus interpretaciones, y deben respaldar su reconstrucción mostrando con claridad cuáles son las fuentes, documentos y testimonios que les han servido para afirmar que las cosas ocurrieron tal como ellos dicen.

Cuando el periodista y el historiador prueban o demuestran que lo que ellos dicen ocurrió realmente, entonces se afirma que sus narraciones son objetivas. Esto quiere decir que la narración corresponde más o menos formalmente con el hecho descrito. Esto suena sencillo dicho de esta manera, pero debo advertirles que la objetividad es la condición más difícil de lograr tanto en la versión periodística como en la narración histórica, y de inmediato explicaré por qué.

Cuando un historiador o un periodista deciden narrar un acontecimiento o un proceso histórico o noticioso, inmediatamente, y muchas veces sin saberlo, ponen en juego todos los procesos psicológicos que les sirven para entender el mundo. Esos procesos condicionan sus tareas pues los periodistas y los historiadores son hombres y mujeres de carne y hueso, con personalidades definidas, con sus concepciones personales del mundo, con lenguajes, educaciones y formaciones académicas muy específicas, y con intereses económicos, sociales, nacionales, raciales, religiosos, profesionales y laborales muy particulares que no se repiten en la misma proporción en otros individuos. De ahí que el trabajo de selección de las fuentes, documentos y testigos, y ángulos de visión y materiales noticiosos, en ambos casos estén condicionados, primero que todo, por esas particularidades.

La objetividad, por otra parte, presenta otra limitación adicional cuando el historiador y el periodista, que ya tienen sus propias formas de juzgar los acontecimientos (sus prejuicios), encuentran que sus fuentes o sus informaciones no son suficientes para realizar una reconstrucción o una descripción completa de los acontecimientos.

Existen numerosos casos en que lo que realmente ocurrió aparece insuficientemente registrado, documentado, descrito, percibido o declarado (según sea el caso). En ocasiones como esas, ambos profesionales se enfrentan entonces con vacíos en su documentación. Frente a esta situación, que es más común de lo que los lectores, radioyentes y televidentes suponen, el periodista y el historiador tienen dos caminos: o realizan inferencias y analogías que les permitan suponer lo que pudo haber ocurrido utilizando en ello las reglas de la lógica, o acentúan su búsqueda por evidencias adicionales que les permitan completar el cuadro que intentan describir.

En cualquiera de los dos casos, el historiador y el periodista siempre terminarán con un juicio y una descripción parcial de lo que buscan porque aún en el supuesto de que contaran con todas las fuentes disponibles sobre un acontecimiento dado, siempre quedará el hecho de que sus personalidades, incluida la inteligencia, sus entrenamientos respectivos y sus ideologías condicionarán sus exámenes de las fuentes haciéndoles emitir juicios o utilizando lenguajes más o menos parciales o parcializados.

De ahí que toda reconstrucción histórica y toda versión periodística impliquen, en un sentido o en

otro, una limitación y, por lo tanto, una percepción incompleta de los acontecimientos. Esto implica también que las perspectivas particulares del periodista y el historiador también están condicionadas por la disponibilidad de las fuentes además de la personalidad e intereses de ambos.

Estas son algunas de las razones que obligan a los periodistas y a los historiadores a seleccionar sus fuentes y los hechos que deciden describir en un momento dado. Para el periodista la selección se hace en función de aquello que él cree que es relevante para entender el presente. El historiador, por su parte, realiza su selección en función de lo que él considera que es relevante para reconstruir y explicar el pasado en función de su presente.

Esto no es un juego de palabras, y porque no lo es, es por lo que se dice que cada época y cada sociedad tienen su historia pues el historiador, cuando trabaja a conciencia, busca en el pasado las raíces del presente, las causas explicativas, lejanas o cercanas, que le permitan entender y describir por qué las cosas son hoy como son, y por qué la sociedad en que él o ella viven ha llegado a ser como es. Y de ahí también que se diga que la historia útil es aquella que sirve de alguna manera para entender mejor el presente.

Creo que aquí puedo introducir una diferencia epistemológica entre el quehacer periodístico y el quehacer historiográfico. En su labor reconstructiva el historiador busca explicar cómo se produjeron los hechos y, haciéndolo, encuentra el porqué de los mismos. Hemos dicho anteriormente que en la historia el *porqué* de las cosas es también su *cómo*. Y es

que la causalidad histórica, esto es, la razón explicativa de los hechos está dada en la producción de los hechos mismos.

El historiador explica los hechos mostrando cómo se producen. El periodista por su parte, muchas veces debido a la prisa implícita en el ejercicio de su oficio, no tiene tiempo para explicar por qué ocurrieron los hechos y se ve obligado a contentarse con una versión fenomenológica de los mismos sin entrar en la discusión o búsqueda de sus causalidades remotas.

Con todo, las semejanzas y coincidencias epistemológicas son mayores que las diferencias, y de ahí resulta que el ejercicio del periodismo es más cercano al oficio del historiador que al del sociólogo.

Tanto el periodista como el historiador están obligados a trabajar dentro de los límites impuestos por la dinámica que les toca manejar. La realidad social es fundamentalmente proceso, los hechos sociales son esencialmente dinámicos y su ocurrencia está sujeta a una multicausalidad imposible de aprehender en su totalidad.

Ambos, el periodista y el historiador interpretan, valoran y juzgan no solo la ocurrencia misma de los acontecimientos que les toca describir, sino también la calidad de los materiales y fuentes que les sirven para reconstruir y narrar los acontecimientos. Este fenómeno de la valoración y selección de las fuentes introduce un elemento adicional en el condicionamiento de la objetividad, pues hace que la narración que ambos puedan elaborar acerca de una noticia o hecho histórico pueda ser contrastada con narraciones alternativas

resultantes de una diversa selección y valoración de las mismas fuentes.

En pocas palabras, toda noticia, como toda narración histórica, depende del ordenamiento y selección de las fuentes hecha por el narrador, y por ello podemos concluir que ambas, noticia e historia, son siempre una perspectiva particular de los acontecimientos; una perspectiva aproximada a la realidad “real”, según sean exhaustivos el periodista y el historiador en el ejercicio de sus oficios respectivos y en la construcción de sus versiones.

## Capítulo seis

### HISTORIA Y GENEALOGÍA

Me da mucho gusto venir a conversar con ustedes acerca de las conexiones entre la genealogía y la historia. En realidad, más que a enseñar, hoy vengo a aprender de ustedes que son genealogistas por vocación y que mantienen una práctica de larga data que les ha permitido producir impresionantes trabajos de investigación acerca de reconocidos linajes dominicanos y extranjeros.

En mi caso, debo confesarles que no he incurrido en los estudios genealógicos. Lo poco que sé acerca de mi familia me fue transmitido por uno de mis tíos, Elpidio de Moya, quién sí se dedicó a mantener actualizado el árbol familiar y mantenía viva la memoria de nuestros antepasados.

Recuerdo que siendo yo niño visitó el país el presidente del Instituto Genealógico Brasileiro, Salvador de Moya, autor de una *Historia genealógica da Casa de Moya*, en doce volúmenes. Este señor viajó a La Vega y entrevistó extensamente a mi tío y a otros familiares. Con los datos que llevó a Brasil compuso el undécimo volumen de ese catálogo de los Moya existentes tanto en España como en Latinoamérica.

Muchos años después, Wenceslao Vega Boyrie, amplió esas informaciones respondiendo a su interés por la genealogía de sus propios ascendientes en la línea de los Vega Batlle y los Boyrie de Moya. Por ello, Wenceslao es hoy el genealogista de la familia y es a él a quien llamo cuando tengo que preguntarle algún dato acerca de algún antecesor nuestro.

Dicho esto, ustedes pueden imaginar que no es mucho lo que yo pueda enseñarles. En realidad, yo debería estar sentado entre el público hoy escuchando a varios de ustedes que son ya recocidos maestros en esta disciplina.

Pero ya que me han pedido que incursione en las conexiones entre genealogía e historia, podríamos comenzar recordando que los libros de introducción a los estudios históricos, que leíamos cuando comenzábamos nuestra formación universitaria, decían que la genealogía era una de las disciplinas auxiliares de la historia, como también lo eran la numismática, la heráldica, la archivística.

Aparte de ser una “disciplina auxiliar”, la genealogía tiene establecido un campo propio y, a su vez, se vale también de la historia y de las demás disciplinas mencionadas como auxiliares suyas.

La genealogía no es propiamente una ciencia social en el sentido que se les atribuye a la historia, la economía, la antropología y la sociología, pero sirve mucho para entender y explicar fenómenos sociales de manera muy singular estableciendo linajes, señalando continuidades familiares y explicando redes sociales. De esto hablaremos más adelante.

Siempre me ha llamado la atención que muchos de los mejores y más dedicados genealogistas no son historiadores. Observo con gran satisfacción que algunos de los más apasionados practicantes de esta disciplina son ingenieros, médicos, abogados o profesionales de otras ramas muy distintas a la historia.

También he observado que el género más popular entre los aficionados a la historia dominicana es la biografía, y esto lo sé porque en la preparación de mi *Bibliografía de la historia dominicana* están registrados más de 700 estudios biográficos de personajes célebres (y no tan célebres) de nuestro país, publicados entre 1844 y 2010.

Algunos de esos estudios son puras hagiografías, otros son biografías académicas y otros más son verdaderas piezas de investigación genealógica, como ocurre con los estudios de Julio Campillo Pérez sobre la familia Espaillat, para mencionar un solo caso pues muchos de ustedes son autores de estudios similares y me daría vergüenza omitir a alguno tratando de enumerarlos todos.

Así que, como ustedes están familiarizados con esas obras, les pido que me permitan quedarme con la sola mención de la obra de Campillo Pérez y continuar con estos comentarios preguntándonos para qué sirven hoy los estudios genealógicos.

La respuesta varía según quien la responda. Si usted le pregunta a un mormón, este le dirá que la genealogía es importante para establecer los vínculos matrimoniales sagrados que habrán de ser reconocidos por el Señor cuando el Ángel de los Últimos Días toque su trompeta y llame a la resurrección a

aquellos que habrán de ser salvados y que gozarán de la gloria eterna en compañía del Padre Celestial.

Dada la seriedad con que los mormones toman su doctrina, ustedes saben que el Estado de Utah, en los Estados Unidos, se ha convertido en el mayor recipiente de datos genealógicos de todo el planeta, y que los mormones han estado enviando misiones por todo el mundo tratando de recuperar todos los datos genealógicos disponibles para concentrarlos en una gran base de datos planetaria fácilmente accesible mediante computadoras.

Gracias a la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días los métodos e instrumentos de búsqueda y organización de datos de la genealogía se han modernizado y han avanzado enormemente en las últimas décadas. Hoy nos valemos privadamente de algunos programas computarizados de organización y búsqueda de datos derivados de los que originalmente promovieron o produjeron los mormones.

Para otro grupo de personas la genealogía sirve para mantener la continuidad de la conciencia familiar, la memoria dinástica. Por el lado privado, esta es una de las funciones de las sociedades, institutos y asociaciones genealógicas, pues para muchas personas la determinación de la ascendencia familiar es una materia de crucial importancia.

En países con sociedades democráticas la genealogía tiende a tener un uso privado, pero en aquellas en las que la sucesión del poder político se determinaba por la consanguinidad y la comprobación del linaje directo, la genealogía era el instrumento fundamental de la legitimidad política.

No pocas guerras tuvieron muchas de esas sociedades por los conflictos producidos en la determinación de los herederos al trono, y de ahí que la genealogía fuera durante muchos siglos casi equivalente a la historia, pues la historia de los pueblos se contaba entonces a partir de la historia de los reyes y sus familias.

Todavía se sorprenden muchos lectores contemporáneos cuando leen las historias europeas y asiáticas escritas antiguamente. En ellas, en vez de narraciones sobre pueblos y sociedades, lo que encuentran son largas listas de reyes con sus linajes y familias reales. Cuando en esas obras los historiadores de antaño ofrecían explicaciones acerca de los problemas políticos y disputas territoriales, las principales causas que mencionaban eran los conflictos dinásticos.

Eso cambió hace tiempo y hoy, más de doscientos años después de la creación de las primeras repúblicas modernas (Estados Unidos, Francia, Haití y América Latina), nos parece extraño que la soberanía política dependiera tanto de la exactitud de los registros genealógicos, pero así fue y todavía sigue siendo en aquellas sociedades en que todavía quedan monarquías.

Por ello, la genealogía anduvo siempre de la mano de la historia, y podemos decir que durante mucho tiempo fue la más instrumental de todas las disciplinas auxiliares de la historia.

Es más, podemos aventurarnos a decir que la genealogía antecedió a la historia porque antes de que los hombres contaran por escrito sus memorias sociales o colectivas ya estaban registrando quiénes eran

los antecesores y descendientes de sus mandatarios y cuáles eran los lazos de consanguinidad que establecían la legitimidad de las sucesiones políticas y familiares.

Un ejemplo de esto lo tenemos en la sociedad taína que encontraron los europeos cuando Cristóbal Colón llegó a las Antillas. Aquí, en esta isla, a los españoles les quedó claro bien temprano que, aun cuando la taína era una sociedad patriarcal en la cual la autoridad principal descansaba en el marido, la herencia y la sucesión respondían a una organización matrilineal que consistía en lo siguiente:

“Al morir el padre o el cacique, en las familias importantes, la herencia y el poder político pasaba a su hijo mayor, pero a falta de este pasaba al hijo o hija mayores de la hermana del muerto porque decían que aquél era más cierto sobrino o heredero (pues era verdad que lo parió su hermana).<sup>1</sup>

Esto era así debido a que el hijo de la hermana con toda seguridad llevaba sangre del muerto, por ser su hermana, pero dado que entre los nobles taínos la vida sexual era bastante abierta y las mujeres gozaban de una amplia libertad, no había seguridad de que los hijos de la mujer del hermano del muerto fueran hijos de este hermano y, por lo tanto, había peligro de que la herencia y la sucesión pasaran a un individuo con sangre ajena al clan y a la familia”.

<sup>1</sup>Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria* (México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967).

“La existencia de estas normas tan precisas que establecía la costumbre sucesoria de los taínos también sugiere la correspondencia entre las estructuras de familia ampliada con la organización en clanes como unidades más amplias de organización social y familiar. La organización de estos clanes era, como hemos dicho, matrilineal, en razón del interés de asegurar, a través de la adscripción de la madre, la herencia de bienes y la sucesión política”.<sup>2</sup>

Como ustedes pueden ver, en el caso de la sociedad taína, la genealogía antecede a la historia, aunque debo decir que a lo que antecede es a la historia escrita pues, según los cronistas, los areítos eran una forma que tenían los indígenas de narrar los acontecimientos pasados y contar su historia.

Dicho todo lo anterior, cambiemos ahora la pregunta y pasemos a interrogarnos por dónde andan hoy los estudios genealógicos.

Durante siglos la genealogía ha utilizado los métodos tradicionales consistentes en consultar los archivos parroquiales y del registro civil y aprovecharlos para registrar los matrimonios y las uniones conyugales, los nacimientos y las muertes, para con las informaciones contenidas allí diseñar árboles dinásticos y familiares.

Por años, muchos genealogistas utilizaron tarjetas para asentar sus datos, luego de haber sustituido los álbumes y cuadernos familiares, y validaban la

<sup>2</sup>Frank Moya Pons, *La sociedad taína* (Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra, 1973), p. 11.

veracidad de sus informaciones mediante la comprobación documental. Todavía hoy se utilizan estos métodos.

La genealogía dio un enorme paso de avance mediante la utilización de computadoras y la aparición de nuevos programas (software) para la organización de la información pues esos programas han acelerado la velocidad de la construcción de árboles familiares, y su amplia comercialización ha servido para ampliar el entusiasmo social por la práctica de esta disciplina.

Todavía hay personas no saben que mucho antes de esos avances técnicos la genealogía había estado experimentando un profundo cambio que la ha colocado aún más cerca de la historia y las demás ciencias sociales.

Este cambio comenzó muchas décadas antes de la aparición de las computadoras y es la mayor transformación que ha experimentado esa disciplina en siglos, pues hace más de cincuenta años que los historiadores y demógrafos han venido diseñando nuevos métodos para utilizar los registros genealógicos de manera que sirvan también para explicar la dinámica social.

Que yo sepa los genealogistas dominicanos todavía no han comenzado a utilizar esos nuevos métodos pues hasta ahora han estado ocupados construyendo los bloques básicos de la genealogía nacional consistentes en el levantamiento de los registros familiares de determinados apellidos, actividad esta sin la cual no se puede avanzar mucho en nuevas direcciones.

Esto quiere decir que la genealogía dominicana ha estado trabajando en el sentido correcto y de la única manera posible dado que los estudios genealógicos son recientes en nuestro país. Con algunas excepciones, como fue el caso de Carlos Larrazábal Blanco y su extraordinaria obra *Familias dominicanas*, hubo que esperar hasta la creación del Instituto Dominicano de Genealogía para que estos estudios adquirieran una dinámica sostenida como la tiene hoy.

¿De qué métodos nuevos estamos hablando?

Para no alargar demasiado esta conferencia, voy a hablarles solamente de uno de los campos más fértiles de la moderna genealogía que la conectan directamente con la historia y con la demografía. Me refiero a lo que hoy se conoce como *reconstitución de familias* y los llamados *estudios de un solo lugar*.

El método de reconstitución de familias tiene varios padres y arranca con la idea de algunos demógrafos de que es posible utilizar los datos genealógicos para penetrar aún más precisamente en las dinámicas sociales pertinentes a los patrones de nupcialidad, natalidad, mortalidad pues en los datos genealógicos hay suficiente información cuantitativa que debidamente analizada sirve para entender la demografía histórica de determinadas regiones y comunidades.

Por ejemplo, si usted compila todas las informaciones genealógicas pertenecientes a todas las familias existentes en una pequeña comunidad en la cual la emigración haya afectado poco la dinámica demográfica y logra relacionar las fechas de

nacimiento, de matrimonio, fecha de bautismo, edades de matrimonio, edades de parto, las fechas de muerte, con otras variables disponibles extraídas de datos testamentarios, compras y ventas de propiedades registradas notarialmente, pago de impuestos, etc., entonces usted puede retratar la estructura y dinámica de esa comunidad tanto histórica como demográficamente.

Cuando usted realiza ese estudio en una sola comunidad, entonces se le llama "estudio de un solo lugar". También puede hacerlo a la manera de los historiadores italianos y llamarle "microhistoria".

No importa cómo se le llame, lo importante es entender que con los métodos de reconstitución de familias la genealogía ha dado un enorme salto hacia delante y está logrando fusionarse con la historia y la demografía en un campo fronterizo con la demografía histórica que ni los demógrafos ni los historiadores habían soñado antes.

Les daré otro ejemplo: Supongamos que podemos tener acceso a los registros parroquiales y del registro civil de una población dominicana que se mantuvo relativamente aislada entre 1925 y 1950, y que logramos levantar el mapa genealógico de todas las familias existentes en aquella comunidad.

Si relacionáramos esos datos de los registros civiles y parroquiales con otros suplementarios como, por ejemplo, la propiedad de los predios rurales y las propiedades urbanas, las disposiciones testamentarias y herencias, y otros datos similares, eso nos permitiría relacionar las variables demográficas con las variables económicas y llegar a explicar las

relaciones existentes entre estatus socioeconómico y nupcialidad, o entre estatus socioeconómico y mortalidad, además de otras muchas conexiones.

Si la comunidad está afectada por migraciones, hacia dentro o hacia fuera, también es posible relacionar los datos genealógicos con el fenómeno migratorio y explicar quiénes emigran y por qué, quiénes se quedan y por qué, y entre los que se quedan cuáles son las características estructurales de sus familias.

En un estudio como ese podríamos entonces determinar a qué edad se casan las mujeres y los hombres en función de su estatus social y económico (si tienen propiedades o no, si son ricos o no, si son campesinos, comerciantes, profesionales o artesanos). También es posible medir la fertilidad promedio de las mujeres y, con ello, determinar cuántos hijos por familia produce la comunidad según determinadas coyunturas, tales como, por ejemplo, si hay abundancia de cosechas, guerras, acentuación de la actividad comercial, sequías. De la misma manera, sería posible estimar las expectativas de vida y hasta construir tablas de vida de la población y relacionar la expectativa de vida de los sujetos según el acceso a la propiedad o según linajes o según épocas históricas.

Como ustedes pueden ver, por medio de la aplicación de simples técnicas estadísticas podemos registrar hechos sociales que no son evidentes a partir del simple estudio de las genealogías de familias individuales. Así, de la gran masa de datos genealógicos primarios, combinados con datos suplementarios

procedentes de otras fuentes, podríamos descubrir muchos datos sociales implícitos, más no evidentes, en los registros genealógicos que hemos venido manejando tradicionalmente.

Los métodos de reconstitución de familias se han convertido en uno de los campos más fértiles de la demografía histórica desde que fueron enunciados en 1956 por los demógrafos franceses Louis Henry y Michel Fleury en su famosa obra *De los registros parroquiales a la historia de la población, un manual para el saqueo y la explotación del antiguo registro del estado civil*, y desde la fundación, en 1964, del conocido Grupo de Cambridge para la Historia de la Población y la Estructura Social, en Gran Bretaña.

Sintetizando estas palabras: los estudios de reconstitución de familias, considerados como microhistoria o como estudios de comunidades en un solo caso, son una nueva frontera para el avance de la genealogía y abren nuevos caminos para que esta disciplina pueda conectarse a la par, y más cercanamente, con la historia y la demografía de manera que deje de ser vista como una simple disciplina auxiliar de la historia, como tradicionalmente se le ha considerado.

Me gustaría aprovechar esta ocasión para invitar a los genealogistas aquí presentes que todavía no se hayan aventurado por los métodos de la reconstitución de familias a explorar la posibilidad de emprender nuevas investigaciones en esa dirección.

Les aseguro que de hacerlo así encontrarán ahí un terreno sumamente fértil en el cual experimentarán nuevas y grandes satisfacciones cuando descubran lo

que les espera más allá del horizonte de la construcción de simples árboles genealógicos de nuestros linajes familiares.

Tengo que decirles, sin embargo, que todavía hay mucho camino por andar por las vías tradicionales, y que la construcción de árboles genealógicos no debe ser abandonada pues quedan miles de familias dominicanas de importante protagonismo en la historia nacional cuyas genealogías esperan ser dilucidadas.

Ahora bien, yo creo que no tenemos que esperar mucho tiempo para movernos hacia adelante y aventurarnos en la microhistoria de ciertas comunidades que podrían aportarnos muchos secretos acerca de la estructura y dinámica de la vida social dominicana en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Espero que algunos de ustedes, queridos amigos genealogistas, acepten este reto.



## Capítulo siete

### NOVELA HISTÓRICA E HISTORIA NOVELADA

Reflexionemos ahora brevemente acerca de las conexiones existentes entre la historia y la literatura, y sobre las semejanzas y diferencias que existen entre la novela histórica y la historia novelada. Estos dos géneros, aunque mucha gente los confunde, no son la misma cosa.

Una de las principales limitaciones que tiene la reconstrucción del pasado (la historia) es que solo podemos comunicar lo que aconteció a partir de una narración construida con el propósito de representar ese acontecer de manera “objetiva”, de forma tal que si otras personas desean constatar la real ocurrencia de los acontecimientos puedan utilizar los mismos materiales que utilizó el narrador para representar el pasado y llegar a conclusiones similares.

Sabemos, sin embargo, que las cosas no son así, pues aun cuando dos o más historiadores tuvieran la oportunidad de manejar al mismo tiempo los mismos materiales y documentos, sus narraciones serían disímiles, aunque los hechos estudiados y narrados sean los mismos.

Ello es así porque cada investigador o narrador posee categorías conceptuales distintas a través de las cuales esos materiales son analizados y sintetizados, y cada uno tiene personalidad, ideología, inteligencia, inclinaciones políticas, posición social, formación cultural e intereses económicos distintos de los demás.

Además, cada historiador tiene maneras individuales de enfrentarse con los hechos históricos, posee criterios diferentes acerca de lo que constituyen esos hechos y trabaja con distintas escalas de valoración sobre la validez e importancia que tienen esos hechos como materiales necesarios para la reconstrucción y narración del pasado.

Como esas maneras son múltiples, no podemos por lo tanto hablar de una sola historia posible para un episodio o proceso dado, sino de "historias", aun cuando cada historiador se empeñe en reclamar que su narración es más objetiva o más "real" que otras.

La variedad de las narraciones históricas no solo depende de las diferencias personales y culturales de los historiadores, sino también de la multiplicidad de ángulos a partir de los cuales puede ser enfocada la realidad.

Por eso existen muchas variedades de historia. Así tenemos historias económicas, sociales, culturales, demográficas, literarias, políticas, diplomáticas, militares, judiciales, religiosas, institucionales, etcétera.

Cada una de esas variedades se aproxima a la realidad, pero sin agotarla porque la realidad es multifacética y porque los materiales que han quedado del pasado son siempre parciales e incompletos y no

es posible contar con toda la información disponible acerca de la ocurrencia de un hecho, pues no todos los hechos históricos fueron registrados como tales en el momento de su ocurrencia, ni todos los materiales relativos a su ocurrencia han podido ser conservados y, en el caso milagroso de que hubieran sido conservados, casi siempre es improbable que sean todos completamente asequibles al historiador.

Pero aún hay más: esos hechos no ocurrieron aisladamente. Fueron consecuencia de hechos anteriores y produjeron, ellos mismos, nuevas consecuencias.

Por ello la historia, para que sea significativa, tiene necesariamente que contextualizar los hechos para entender la dinámica de su ocurrencia. Para lograr esa contextualización el historiador debe examinar los hechos en el tiempo tratando de establecer conexiones causales con eventos acaecidos anteriormente, o contemporáneamente, para poder explicarlos comprensivamente.

Se nos ha dicho repetidamente que la historia no puede prescindir del lenguaje narrativo, que solamente podemos conocerla mediante una narración y que sin narración no hay historia posible pues lo que conocemos como historia no son los hechos mismos sino un discurso construido según los valores de los narradores, y que estos no pueden escapar a los valores y medios disponibles en sus propias épocas.

Por ello, en tiempos pasados, antes del cine y la fotografía, se consideraba que la narración histórica estaba ligada a la narración literaria y que la historia era una actividad muy cercana a la literatura.

Esta cercanía comenzó temprano, pues antes de la aparición de la escritura la historia de los pueblos se conservaba y repetía oralmente en tradiciones narrativas, sagas y leyendas que andando el tiempo adquirieron forma literaria.

Al pasar de una generación a otra esas versiones fueron ampliadas y embellecidas, y hoy nos quedan muestras asombrosas de esas primeras historias orales convertidas en literatura en la *Biblia*, la *Ilíada*, la *Odisea* y los *Vedas*, para nada mas mencionar cuatro ejemplos bien conocidos.

Hace ya mucho tiempo que la narración histórica saltó del marco literario al formato audiovisual, con la radio y el cine, y al universo digital con las computadoras y la internet. Por ello, aunque seguimos narrando el pasado literariamente también lo estamos haciendo en fotos, pinturas, filmes, presentaciones de "power-point", documentales de televisión, proyecciones en "You Tube", etcétera... Eso podemos verlo en las numerosas películas históricas y en programas de televisión proyectados por The History Channel, Discovery Channel, National Geographic, PBS, Nova, "You Tube" y otros.

¿Quiere decir esto que la historia ha cambiado? En realidad, no. Lo que ha cambiado han sido los vehículos de la narración que ya no son el papel y la tinta, pues han surgido nuevas vías de contar la historia que las nuevas tecnologías han hecho posibles.

Con todo, las narrativas audiovisuales y digitales, aun con toda su plasticidad, no han desplazado la narración "histórico-literaria". Hoy no solo hay diversidad de disciplinas históricas, sino también

diversidad de discursos narrativos que hasta hace algún tiempo no existían. Todas esos discursos y formas narrativas coexisten y no son excluyentes, sino complementarios.

Entiendo que la novela histórica y la historia novelada tienen validez como géneros literarios y tienden a aproximarse a la historia, pero no son historia. También entiendo que su valor aumenta más cuando que sus autores y lectores convienen en que son géneros de ficción.

Metodológicamente se diferencian poco de la historia por la investigación documental que exigen y porque, al igual que en la narración histórica, requieren de una reconstrucción o “invención” del pasado.

Ahora bien, la gran diferencia de esos géneros con la historia reside en que mientras los historiadores se preocupan por validar su narración con fuentes documentales o materiales que les sirven de instrumentos de constatación, los novelistas históricos utilizan (más o menos) esas fuentes solo como contexto para desde allí construir un universo imaginado, alternativo y ficticio que reinventa o “contra-inventa” (y a veces, reemplaza) la narración histórica.

Dicho de otra manera: en su trabajo el historiador enfrenta unos límites que la escasez documental le impide traspasar. En muchas ocasiones, a partir de la interpretación de las fuentes disponibles, el historiador puede reconstruir el pasado como “pudo haber ocurrido” de acuerdo a los documentos disponibles, pero no puede (no debe) recrearlo o inventarlo

sin apoyarse en algún sustento documental, pues de hacerlo así estaría faltando a la objetividad que es el mandato supremo de su disciplina.

El novelista, en cambio, no está sujeto a esa férula metodológica y epistemológica. Por el contrario, del escritor de novelas históricas o de historias noveladas se espera que lleve su narración más allá de lo que podrían hacer los historiadores, que complete la historia yendo más allá de los documentos, que la profundice con versiones posibles de lo que pudo haber ocurrido dentro del contexto general que ofrece la documentación existente.

La gran diferencia entre el historiador y el novelista es que mientras el primero intenta reconstruir el pasado mediante una narración que pretende ser integral y verdadera, el segundo sabe que su invención es ficticia aun cuando su pretensión sea presentar los hechos en forma tal que el lector piense que pudieron haber ocurrido de esa manera.

Muchas veces he pensado que la novela histórica comienza en donde termina la historia. La legitimidad de la novela histórica reside en que hay procesos, épocas, regímenes, coyunturas, etc., que necesitan ser narrados novelísticamente para ser explicados o comprendidos en su amplitud o profundidad debido a que la documentación disponible apenas alcanza para analizar superficialmente el pasado y comprenderlo.

El caso del fundador de la República Dominicana Juan Pablo Duarte es un ejemplo de esto que decimos. Es tan escasa y fragmentaria la documentación que ha quedado acerca de su vida, tanto en

el país como en su largo exilio, que los historiadores enfrentan serias dificultades para escribir su biografía cabalmente.

Con excepción de las recientes biografías de Duarte publicadas por Juan Daniel Balcácer (1978) y Orlando Inoa (2009), que se atienen estrictamente a los documentos disponibles, casi todas las demás biografías publicadas se valen de argumentos e interpretaciones extradocumentales para explicar pasajes ignotos o rasgos desconocidos de su personalidad. Por contener esas invenciones, las otras biografías de Duarte se asemejan más a la historia novelada y a la novela histórica que a la historia propiamente dicha.

En su novela *Dimensionando a Dios* (2010), Manuel Salvador Gautier optó por un camino radical al decidirse por la invención total. Aprovechando lo poco que se sabe de Duarte, Gautier utilizó esos escasos materiales para inventar un “nuevo” Duarte, más inventado que los Duartes anteriores que construyeron sus más connotados biógrafos que aspiraron hacer historia desde la literatura. Como obra de ficción el Duarte de Gautier es literariamente posible, pero ahistórico e inexistente.

Volviendo al tema inicial de las diferencias entre novela histórica e historia novelada, conviene recordar lo que dice el *Diccionario* de la Real Academia Española: una novela es una “obra literaria en prosa en que se narra una acción fingida en todo o en parte, y cuyo fin es causar placer estético a los lectores con la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes, de caracteres, de pasiones y de costumbres”.

La novela histórica, dicen los que escribieron la definición anterior, “se constituyó como género en el siglo XIX, desarrollando su acción en épocas preteritas, con personajes reales o ficticios, y tratando de evocar ambientes, costumbres e ideales de aquellas épocas”.

Ese mismo diccionario no dice lo que es la historia novelada, pero sí define la acción de novelar como “referir un suceso con forma o apariencia de novela”, lo que nos permite inferir que una historia novelada es una narración histórica referida con forma o apariencia de novela. ¿No es así?

Bueno, la cosa no es tan simple si examinamos los esfuerzos que los mismos novelistas e historiadores han hecho por definir estos subgéneros de la novela.

Ello ha llevado a muchos a agruparse en una institución llamada Historical Novel Society que tiene hoy más de seiscientos miembros y cuyo mayor consenso entre ellos es que no existe acuerdo en lo que constituye una novela histórica o una historia novelada.

Los lectores dominicanos sí parecen tener clara conciencia de lo que es una novela histórica porque una de las principales novelas de este subgénero en América fue el *Enriquillo* (1879) de Manuel de Jesús Galván, publicado en la época en que las novelas históricas comenzaban a ponerse de moda en Europa.

En sentido estricto, y durante más de setenta años, fueron muy escasas las novelas históricas publicadas en la República Dominicana después de la obra de Galván. De ellas, muy pocas alcanzaron

alguna significación pública, con excepción de las notables obras *Baní o Engracia y Antoñita: Novela original* (1892), de Francisco Gregorio Billini; *La Sangre: Una vida bajo la tiranía* (1913) de Tulio M. Cestero; y las populares narraciones de Federico García Godoy, *Rufinito: sucedido histórico* (1908), *Alma dominicana: Novela histórica* (1911), y *Guanuma* (1914), recogidas muy posteriormente por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos en una edición antológica titulada *Trilogía patriótica* (1974).

Hubo durante ese período un autor dominicano que vivió mucho tiempo en el extranjero y que intentó producir una serie de historias noveladas a la manera del escritor Benito Pérez Galdós, quien cubrió gran parte del siglo XIX español con sus famosos “Episodios Nacionales”.

Hablo aquí de Max Henríquez Ureña, quien se propuso relatar los “episodios dominicanos” más notables del siglo XIX, y a quien le escuché decir en varias ocasiones que lo que Pérez Galdós había escrito, y él también quería escribir, no eran novelas históricas sino historias noveladas.

Don Max comenzó su proyecto narrando la terminación del dominio colonial español y la proclamación del Estado Independiente del Haití Español por José Núñez de Cáceres en 1821. Su primera historia novelada fue *La independencia efímera* (1938), publicada en París en 1938.

A esta obra le siguieron otros dos episodios, *La conspiración de Los Alcarrizos* (1941), publicada en Lisboa, y *El arzobispo Valera* (1944), publicada en Río de Janeiro.

Aparte de la novela de Carlos Federico Pérez, *Juan, mientras la ciudad crecía* (1960), podemos decir que la novela histórica de tema dominicano tuvo que esperar hasta después de terminada la dictadura de Trujillo para encontrar nuevos cultivadores.

De entre ellos se destaca Carlos Esteban Deive, entre cuyas obras merecen ser citadas *Las devastaciones: Novela* (1979), a la cual han siguieron *Viento negro, bosque del caimán: Novela* (2002), y *El festín de los generales* (2008). Deive es, además, autor de obras de antropología, historia y crítica literaria.

En años recientes, los lectores dominicanos fueron conmovidos por la publicación de una obra que tiene divididos a los críticos literarios que no logran ponerse de acuerdo en si es novela histórica o historia novelada, o ambas cosas a la vez.

Me refiero a *La fiesta del Chivo*, de Mario Vargas Llosa (2000), cuya doble línea narrativa es un buen ejemplo de las diferencias entre ambos subgéneros.

No se puede negar que la historia de Úrsula, colocada en el contexto social y político de los finales de la Era de Trujillo, sirve a este autor para escribir una obra de ficción (una novela) en la que es posible percibir la reconstrucción de un particular período histórico. En este sentido, se puede hablar de esta parte de esa obra como novela histórica. Pero esta es solo una parte.

La otra narración, paralela, la que contiene la historia de la conspiración para ajusticiar al dictador, la que sigue de cerca las fuentes documentales disponibles acerca de aquel hecho, la que mantiene sin cambiar los nombres y las circunstancias y

personalidades de muchos actores reales, esa parte de *La fiesta del Chivo* es una historia novelada.

Esta última es una historia en que el autor hace un esfuerzo de reconstruir los hechos de manera aproximada a su ocurrencia, pero en el proceso adierte vacíos testimoniales y documentales, y suple esos vacíos con su propia invención o interpretación de cómo pudieron haberse desenvuelto los acontecimientos, de cómo pudieron pensar y emocionarse los personajes, de cómo pudieron hablar y actuar en momentos de los que no se conservan evidencias. Por estas razones, puede decirse que esta parte es una historia novelada.

Regresando entonces al tema general, podemos decir que en la novela histórica la época y los personajes escogidos por el autor son tratados con la evidente intención de construir una narración ficticia, aunque verosímil, de los acontecimientos.

En la novela histórica el lector sabe que la narración que lee es inventada, aunque la época sea más o menos fielmente representada, y sabe que los hechos no ocurrieron de la manera en que dice el autor, quien también lo sabe y quien, además, no espera que el lector crea en que su narración es verdadera, sino meramente aproximada.

Con la historia novelada eso no ocurre necesariamente así. En ella el autor pretende reconstruir imaginariamente la época, los personajes y los acontecimientos utilizando su imaginación para completar informaciones que la documentación disponible no proporciona o que la técnica historiográfica no permite reconstruir de manera más o menos objetiva. En la

historia novelada el autor pretende que el lector crea que está escribiendo historia, aunque su objetividad no pueda ser garantizada.

En ambos casos, novela histórica e historia novelada, el resultado no es Historia (dicho así, con mayúsculas), aun cuando muchos escritores “posmodernos” y “deconstruccionistas” argumentan que, así como los historiadores se ven obligados a utilizar razonamientos lógicos y analógicos para completar los vínculos faltantes entre conjuntos documentales incompletos, de la misma manera el novelista puede, y le es legítimo, utilizar la imaginación para reconstruir la historia “como pudo haber sido”.

Es más, hay escritores y literatos que partiendo de esas premisas insisten en que en muchas veces la novela puede ser más verídica que la historia, y argumentan que hay grandes novelas históricas que logran transmitir a los lectores imágenes más vívidas y duraderas que los textos de historia que se han escrito sobre esos mismos hechos.<sup>1</sup>

Contra ese argumento, los historiadores podrían responder que las impresiones literarias de la narración y su efecto en la imaginación y memoria del lector no hacen necesariamente más verdadera una historia novelada.

Habiendo llegado a este momento, pienso que ya debe ser evidente que entre la historia y la novela existe una clara frontera. Tan fácil resulta distinguir

<sup>1</sup>Un caso frecuentemente citado es la reconstrucción de la batalla de Waterloo en la novela *Los Miserables*, de Victor Hugo.

ambos géneros que en las librerías y bibliotecas sus obras están ubicadas en secciones perfectamente diferenciadas, y el público discrimina claramente entre las novelas y los libros de historia.

También sabemos distinguir entre novelistas e historiadores, aun cuando estos intelectuales incurrieren ocasionalmente en otros campos, como ocurre, por ejemplo, con Marcio Veloz Maggiolo quien escribe novelas, pero también publica sus investigaciones arqueológicas y antropológicas.

Entre las obras de Veloz Maggiolo es fácil diferenciar unas como arqueología, otras como antropología y otras como historia, y es posible leerlas como productos completamente distintos de sus novelas históricas, aun cuando estas últimas sean narraciones enmarcadas en los escenarios sociales de la llamada Era de Trujillo, la Guerra de Abril o la antigüedad bíblica.

En general, la mayoría de las novelas (exceptuando las surrealistas y las de ciencia-ficción) ubican sus narraciones en escenarios socio-temporales más o menos "reales", pues esta es una de las formas en que sus autores logran hacer más verosímiles sus narraciones.

La ya citada novela *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván, sirve para ilustrar este fenómeno pues allí el lector sabe que está leyendo una narración ficticia enmarcada en el escenario histórico de la explotación de los indios por los conquistadores y encomenderos españoles en el siglo XVI.

Julia Alvarez, por ejemplo, también ha escrito una novela histórica (*Para salvar el mundo*) (2007) basada en la gran aventura que significó traer la vacuna de

la viruela a América a principios del siglo XIX, utilizando veintidós niños huérfanos inoculados con el virus causante de esa enfermedad. En esta obra queda claro desde el principio que la autora toma un hecho histórico como escenario para desde allí construir su narración ficticia.

Un ejemplo más reciente es la novela histórica *La isla bajo el mar*, de Isabel Allende, quien utiliza el levantamiento de los esclavos en Saint-Domingue y la Revolución Haitiana para construir una versión ficticia, pero verosímil, de cómo pudo ser la vida familiar, íntima y sentimental de los esclavos africanos y sus amos en la isla de Santo Domingo en medio de las guerras revolucionarias de finales del siglo XVIII.

Otro ejemplo adecuado es la citada novela histórica *El festín de los generales*, de Carlos Esteban Deive (2007), en la cual este autor toma el famoso combate de El Cabao, en Hato Mayor, en el cual resultó herido el general Ulises Heureaux, para construir una rica narración de cómo pudo ser la huida del poeta Eduardo Scanlan después de haber tenido un trágico lance con un adversario en San Pedro de Macorís en 1881.

La producción de Deive es muy útil para ilustrar la diferencia entre historia y literatura pues este autor ha sido un constante cultivador de ambos géneros y sus obras están perfectamente diferenciadas entre sí. Sus novelas históricas *Magdalena* (1964), *Las Devastaciones* (1979), y *Viento negro, Bosque del Caimán* (2002) son claramente distintas en estructura narrativa y método reconstructivo de sus estudios históricos sobre la inmigración canaria (1991), los refugiados

franceses (1984), y la esclavitud en Santo Domingo en tiempos coloniales (1980).

Tenemos varias novelas históricas muy conocidas en la República Dominicana, como *Baní o Engracia y Antoñita*, de Francisco Gregorio Billini (1892), y *La Sangre*, de Tulio M. Cestero (1914), ya mencionadas, sobre la vida política nacional a finales del siglo XIX. En cada una de ellas el lector sabe que lo que está leyendo es ficticio, pero sabe también que el contexto en el cual actúan los personajes tiene una cierta correspondencia con la ocurrencia histórica.

En la novela histórica los personajes pueden ser creados o recreados, sus circunstancias pueden ser totalmente inventadas o acomodadas a ocurrencias reales, la trama puede ser completamente ficticia o reelaborada a partir de datos concretos, el desenlace puede nunca haber ocurrido y el autor puede tomarse todas las licencias que pueda ofrecerle su imaginación. En pocas palabras, la libertad del escritor es total.

Ejemplos de grandes novelas históricas de otros países son *Los Miserables*, de Victor Hugo; *Guerra y paz*, de León Tolstoi; *Nuestra Señora de París*, también de Victor Hugo; *Sinuhé, el Egipcio*, de Mika Waltari; *Quo vadis*, de Henryk Shienkiewicz; *Shogun, señor de Samurais*, de James Clavell; *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa; *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar; *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier; *Yo, El Supremo*, de Augusto Roa Bastos; y *Los de abajo*, de Mariano Azuela, para mencionar nada más que una docena de las más populares y conocidas.

En todas estas obras la historia sirve de telón de fondo a muchas ocurrencias personales y sociales que, en realidad, no tuvieron lugar o, por lo menos, no acontecieron de la manera en que han sido narradas, pero el escenario y la ambientación histórica, de la trama o de las tramas, es tal que el lector queda con una percepción aproximada de la época en que han sido enmarcados los personajes con sus psicologías y sus vidas.

Con la historia novelada ocurre algo distinto pues este género pretende fabricar narraciones históricas al tiempo que utiliza la ficción literaria para completar las informaciones faltantes debido a la carencia o limitación de las fuentes.

Muchos autores de historias noveladas parten del reconocimiento de que las fuentes disponibles son insuficientes para contar una historia y por ello asumen la licencia de inventar lo que falta, construyendo una narración complementaria que les permite suplir aquello que las fuentes no proveen.

Pueden existir, desde luego, otras motivaciones para que un autor prefiera escribir una historia novelada antes que una "historia historiográfica". Una de ellas puede ser el empeño pedagógico de llegar al público con una narración no especializada, "complotada" de tal manera que haga más atractiva la lectura que en un formato que de otra manera interesaría poco.

Esa fue la motivación de Max Henríquez Ureña cuando escribió sus tres "Episodios dominicanos", a imitación de los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós.

Debemos decir que muchas personas consideran que los cuarenta y seis “Episodios nacionales” de Pérez Galdós corresponden más al género de la novela histórica que a la historia novelada, pero la dilucidación de este tema queda fuera de los fines de este texto.

Algunos críticos consideran que las historias noveladas son, sencillamente, historias mediocres e incompletas escritas por personas que no se toman el trabajo de buscar las fuentes adecuadas para escribir verdaderas “historias”.

Este juicio radical no hace justicia a la calidad intelectual y maestría literaria de muchos practicantes de la historia novelada y pierde de vista que este es un género completamente distinto de la historia propiamente dicha.

La historia novelada es una historia “intencionada”, conformada y deformada conscientemente por sus autores que normalmente saben que están inventando eventos, motivaciones y personajes para hacer más entretenida o atractiva su narración o para lograr algún fin pedagógico.

La historia novelada ha adquirido mucha popularidad en los últimos tiempos porque pone en contacto a muchos lectores con eventos históricos narrados, no como realmente ocurrieron, sino como el autor imagina que pudieron haber ocurrido o como quisiera que hubieran ocurrido.

La historia novelada inventa tramas, documentos, intenciones, diálogos, episodios, personajes, personalidades, relaciones sociales, intereses económicos, etc., y los coloca en la narración como si hubieran ocurrido realmente.

En ese sentido muchos críticos acusan a sus practicantes de introducir narrativas falsas en medio de hechos de ocurrencia comprobable con el fin de darle verosimilitud a la invención, y dicen que la historia novelada es una falsificación de la historia “real”.

Muchos se quejan de que al terminar de leer algunas historias noveladas no saben distinguir entre lo que ocurrió realmente y lo que inventó el autor, entre la historia “real” y la falsa historia construida por el escritor. Esa es una de las críticas más comunes que se le ha hecho a *La fiesta del Chivo*, de Vargas Llosa.

Sin embargo, en los últimos años algunos críticos literarios han estado llamando la atención de los historiadores “académicos” hacia sus propias narraciones y les están preguntando acerca de la “realidad” de sus reconstrucciones, emplazándolos a considerar si sus narraciones reflejan realmente lo que ocurrió en el pasado.

Estos críticos preguntan a los historiadores profesionales cuál es la diferencia epistemológica entre la “historia historiográfica” y la historia novelada.

En medio de ese debate, que cada día atrae más autores y más lectores, se mueve otro subgénero de la historia novelada que todavía no hemos mencionado, pero que también tiene algunos cultivadores en la República Dominicana.

Me refiero a un conjunto de obras aparecidas recientemente que tienen como intención la narración o reconstrucción novelada de episodios históricos de significación partiendo casi exclusivamente de crónicas periodísticas impresas y de material noticioso producido para la radio y la televisión. De ese novedoso subgénero hablaremos en otra ocasión.

# ÍNDICE

1. LOS RETOS DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA  
Conferencia magistral para la inauguración del Taller sobre Investigación Histórica organizado por la Academia Dominicana de la Historia, dictada el 1 de febrero de 2017.
2. LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA  
Conferencia dictada en el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, el 7 de octubre de 2014.
3. HISTORIA ORAL E HISTORIA LOCAL  
Cátedra inaugural del Seminario sobre Historia Oral e Historia Local celebrado en la Universidad Autónoma de Santo Domingo durante los días 3 y 5 de octubre, 2013.
4. LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA  
Conferencia magistral pronunciada en la inauguración del Seminario sobre Enseñanza de la Historia celebrado en el Archivo General de la Nación, en Santo Domingo, República Dominicana, 24 de agosto de 2017.
5. HISTORIA, PERIODISMO Y SOCIOLOGÍA  
Conferencia pronunciada en la Academia Dominicana de la Historia, miércoles 13 de mayo de 2009.
6. HISTORIA Y GENEALOGÍA  
Conferencia dictada por invitación del Instituto Dominicano de Genealogía, en el Centro Cuesta del Libro, 2 de agosto de 2010.
7. NOVELA HISTÓRICA E HISTORIA NOVELADA  
En Frank Moya Pons, *Otras miradas a la historia dominicana* (Santo Domingo: Librería La Trinitaria, 2017), pp. 461-473.



# PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

## **Revista *Clío*:**

No. 1 (Enero de 1933) al No. 201 (Enero-Junio de 2021).

## **Libros y opúsculos:**

- Vol. 0-1        Henríquez y Carvajal, Federico. *Estatuto i Reglamento de la Academia Dominicana de la Historia*. Ciudad Trujillo, Imprenta Montalvo, 1932.
- Vol. 0-2        Meriño, Fernando Arturo de. *Páginas históricas*. Ciudad Trujillo, Imprenta J. R. Vda. García, Sucs. 1937, 126 pp.
- Vol. 0-3        Morillas, José María. *Siete biografías dominicanas*. Ciudad Trujillo, Imprenta San Francisco, 1946, 172 pp.
- Vol. 0-4        Lugo, Américo. *Los restos de Colón*. Ciudad Trujillo, Imprenta de la Librería Dominicana, 1950, 129 pp.
- Vol. I            Rodríguez Demorizi, Emilio. *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955, 371 pp.
- Vol. II          Rodríguez Demorizi, Emilio. *La Era de Francia en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955, 313 pp.
- Vol. III         Rodríguez Demorizi, Emilio. *Relaciones dominico-españolas, 1844-1859*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1955, 428 pp.
- Vol. IV         Rodríguez Demorizi, Emilio. *Antecedentes de la Anexión a España*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1955, 463 pp.
- Vol. V          Incháustegui, Joaquín Marino. *Documentos para estudio. Marco de la época del Tratado de Basilea de 1795 en la parte española de Santo Domingo*. Tomo I. Buenos Aires, Artes Gráficas Bartolomé Chiasino, 1957, 401 pp.

- Vol. VI Incháustegui, Joaquín Marino. *Documentos para estudio. Marco de la época del Tratado de Basilea de 1795 en la parte española de Santo Domingo*. Tomo II. Buenos Aires, Artes Gráficas Bartolomé Chiasino, 1957, 402 pp.
- Vol. VII Utrera, Cipriano de. *Para la Historia de América*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, Santo Domingo, 1959, 273 pp.
- Vol. VIII Garrido, Víctor. *Los Puello*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1959, 234 pp.
- Vol. IX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas. Para la historia de la espiritualidad dominicana*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1960, 427 pp.
- Vol. X Rodríguez Demorizi, Emilio. *Informe de la Comisión de Investigación de los Estados Unidos en Santo Domingo, 1871*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, Santo Domingo, 1960, 650 pp.
- Vol. XI Garrido, Víctor. *Política de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1962, 154 pp.
- Vol. XII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Próceres de la Restauración. Noticias biográficas*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963, 355 pp.
- Vol. XIII Troncoso Sánchez, Pedro. *La Restauración y sus enlaces con la historia de Occidente*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1963, 27 pp. (Edición del Centenario de la Restauración).
- Vol. XIV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Elogio del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1963, 20 pp.
- Vol. XV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Actos y doctrina del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963, 460 pp.
- Vol. XVI García Llubes, Leonidas. *Crítica histórica*. Santo Domingo, Editora Montalvo. 1964, 465 pp.
- Vol. XVII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles de Pedro Francisco Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 636 pp.
- Vol. XVIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Homenaje a Mella. (Centenario de la muerte de Matías Ramón Mella, 1864-1964)*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 302 pp.

- Vol. XIX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Baní y la novela de Billini*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 320 pp.
- Vol. XIX-bis Boyrie Moya, Emile de. *La casa de Piedra de Ponce de León en Higüey*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 32 pp.
- Vol. XX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Riqueza mineral y agrícola de Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1965, 438 pp.
- Vol. XXI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles de Buenaventura Báez*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1968, 562 pp.
- Vol. XXII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras A-B*. Vol. I. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1967, 361 pp.
- Vol. XXIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hojas de servicios del Ejército Dominicano, 1844-1865*. Vol. I. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1968, 448 pp.
- Vol. XXIV Alfau Durán, Vetillo. *Controversia histórica. Polémica de Santana*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1968, 182 pp.
- Vol. XXV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Santana y los poetas de su tiempo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1969, 362 pp.
- Vol. XXVI Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras C-Ch*. Vol. II. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1969, 287 pp.
- Vol. XXVII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Pedro Alejandrino Pina. Vida y escritos*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1970, 247 pp.
- Vol. XXVIII García Llubeses, Alcides. *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 786 pp.
- Vol. XXIX García, José Gabriel. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 372 pp.
- Vol. XXX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Los dominicos y las encomiendas de indios de la Isla Española*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 400 pp.
- Vol. XXXI Garrido, Víctor. *Espigas históricas*. Santo Domingo, Imprenta Arte y Cine, 1971, 354 pp.
- Vol. XXXII Cabral, Tobías E. *Índice de Clío y del Boletín del Archivo General de la Nación*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 288 pp.
- Vol. XXXIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Santo Domingo y la Gran Colombia, Bolívar y Núñez de Cáceres*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 219 pp.

- Vol. XXXIV Utrera, Cipriano de. *Polémica de Enriquillo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1973, 500 pp.
- Vol. XXX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Sociedades, escuelas, gremios, cofradías y otras corporaciones dominicanas*. Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1974, 267 pp.
- Vol. XXXVI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Luperón y Hostos*. Santo Domingo, Editora Taller, 1975, 50 pp.
- Vol. XXXVII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras D-E-F-G*. Vol. III. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1975, 472 pp.
- Vol. XXXVIII Alfau Durán, Vetilio. *El Derecho de Patronato en República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1975, 127 pp.
- Vol. XXXIX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Necrología del Padre de la Patria*. Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1976, 20 pp.
- Vol. XL Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hojas de servicios del Ejército Dominicano, 1844-1865*. Vol. II. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1976, 571 pp.
- Vol. XLI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Ulises F. Espaillat y Benjamín Franklin*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976, 24 pp.
- Vol. XLII Rodríguez Demorizi, Emilio. *En torno a Duarte*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976, 333 pp.
- Vol. XLIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Acerca de Francisco del Rosario Sánchez*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976, 258 pp.
- Vol. XLIV Utrera, Cipriano de. *Los restos de Colón en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora Taller, 1977, 390 pp.
- Vol. XLV Moya Pons, Frank. *Manual de historia dominicana*, 5ta. ed. Barcelona, Industrias Gráficas M. Pareja, 1977, 640 pp.
- Vol. XLVI Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras H-L*. Vol. IV. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 288 pp.
- Vol. XLVII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras M-N-Ñ*. Vol. V. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 370 pp.
- Vol. XLVIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Milicias de Santo Domingo, 1786-1821*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 443 pp.

- Vol. XLIX Campillo Pérez, Julio Genaro. *Elecciones dominicanas*, 2a ed. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1978, 480 pp.
- Vol. L Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras O-PP*. Vol. VI. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 282 pp.
- Vol. LI Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras Q-R*. Vol. VII. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1979, 248 pp.
- Vol. LII Rodríguez Demorizi, Emilio. *La Constitución de San Cristóbal, 1844-1854*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1980, 485 pp.
- Vol. LIII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras S-T*. Vol. VIII. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1980, 288 pp.
- Vol. LIV Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras V-W-X-Y-Z*. Vol. IX. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1980, 153 pp.
- Vol. LV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Vol. IV. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1981, 389 pp.
- Vol. LVI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Breve panegírico de Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo, Editora Taller, 1981, 11 pp.
- Vol. LVI-bis Rodríguez Demorizi, Emilio. *Santana y los poetas de su tiempo*. 1a reimpresión. Santo Domingo, Editora Corripio, 1982, 363 pp.
- Vol. LVII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Colón en la Española. Itinerario y bibliografía*. Santo Domingo, Editora Taller, 1984, 43 pp.
- Vol. LVII -bis Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, I. Anales, cartas y otros escritos*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 325 pp.
- Vol. LVIII Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, II. Educativas y religiosas*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 280 pp.
- Vol. LIX Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, III. La Crónica 1882*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 335 pp.
- Vol. LX-bis-1 Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, IV. La Crónica 1883*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 382 pp.

- Vol. LX-bis-2 Polanco Brito, Hugo Eduardo. *Traslado de los restos de los primeros mártires de Santiago en La Restauración (17 de abril de 1863) y del general José Antonio Salcedo (5 de noviembre de 1864) al Panteón Nacional del 17 al 19 de abril de 1988*. Santo Domingo, Editorial Tiempo, 1988, 26 pp.
- Vol. LXI Polanco Brito, Hugo Eduardo. *Los escribanos en el Santo Domingo Colonial*. Santo Domingo, Editoria Taller, 1989, 277 pp.
- Vol. LXII Santiago, Pedro Julio, y Julio Genaro Campillo Pérez. *El Primer Santiago de América*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1997, 346 pp.
- Vol. LXIII Campillo Pérez, Julio Genaro. *Dr. Andrés López Medrano y su legado humanista*. Santo Domingo, Editora Corripio, 1999, 376 pp.
- Vol. LXIV Jimenes Hernández, José Antonio. *Manuel Jimenes. Prócer de la Independencia*. Santo Domingo, Editora Corripio, 2001, 361 pp.
- Vol. LXV Campillo Pérez, Julio Genaro. *Emilio Noelting. Un químico dominicano que iluminó a Europa*. Santo Domingo, Editora Corripio, 2001, 213 pp.
- Vol. LXVI Abreu Cardet, José. *Cuba y las Expediciones de Junio de 1959*. Santo Domingo, Editora Manatí, 2002, 156 pp.
- Vol. LXVII Abreu Cardet, José, Roberto Cassá Bernaldo de Quirós, José Chez Checo, Walter J. Cordero, Raymundo Manuel González de Peña, Jorge Ibarra Cuesta y Neici M. Zeller, *Homenaje a Emilio Cordero Michel*. Santo Domingo, Centro Editorial, 2004, 247 pp.
- Vol. LXVIII Yunén Zouain, Rafael Emilio. *Pautas para investigaciones de historia nacional dentro del contexto global*. Santo Domingo. Editora Búho, 2005, 46 pp. (Coedición: Academia de Ciencias de la República Dominicana).
- Vol. LXIX Saviñón Mendoza, Ramón Emilio. *El peso oro dominicano: origen, evolución y devaluación a través de su historia*. Santo Domingo, Editora Búho, 2005, 28 pp.
- Vol. LXX Moya Pons, Frank. *Los restos de Colón, Bibliografía*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 101 pp.
- Vol. LXXI Hernández González, Manuel Vicente. *La colonización de la frontera dominicana, 1680-1795*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 316 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).

- Vol. LXXII Herrera Rodríguez, Rafael Darío. *Montecristi. Entre campeches y bananos*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 174 pp.
- Vol. LXXIII Sáez Ramo, José Luis. *La expulsión de los jesuitas de Santo Domingo, 1766-1767*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 344 pp.
- Vol. LXXIV Hoetink, Harry. *Ensayos caribeños*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 121 pp.
- Vol. LXXV Hernández González, Manuel Vicente. *Expansión fundacional y desarrollo en el norte dominicano (1680-1795)*. El Cibao y Samaná. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 337 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXVI Gil, Juan. *Columbiana. Estudios sobre Cristóbal Colón (1984-2006)*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 641 pp.
- Vol. LXXVII Balcácer, Juan Daniel (Editor). *Ensayos sobre la Guerra Restauradora*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 370 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias).
- Vol. LXXVIII Avelino García, Francisco Antonio, Raymundo González, José G. Guerrero, Santiago Castro Ventura, y Andrés L. Mateo. *Eugenio María de Hostos en el 168° aniversario de su nacimiento*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 100 pp. (Coedición: Academia de Ciencias de la República Dominicana).
- Vol. LXXIX Moya Pons, Frank. *El ciclón de San Zenón y la «Patria Nueva»: reconstrucción de una ciudad como reconstrucción nacional*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 65 pp.
- Vol. LXXX Rodríguez Morel, Genaro. *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 444 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXXI Rodríguez Morel, Genaro. *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo, 1530-1546*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 490 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXXII Gutiérrez Escudero, Antonio. *Santo Domingo Colonial: Estudios históricos. Siglos XVI al XVIII*. Santo Domingo. Editora Búho, 2007, 351 pp.
- Vol. LXXXIII González, Raymundo Manuel (Compilador). *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana, (1879-1894)*, Tomo I. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 616 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).

- Vol. LXXXIV González, Raymundo Manuel (Compilador). *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, Tomo II. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 512 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXXV Cassá, Constanancio (Compilador). *Escritos de Luis E. Alemar, 1918-1945*. Santo Domingo, Editora Búho, 2009, 562 pp.
- Vol. LXXXVI Silié, Rubén. *Economía, esclavitud y población. Ensayo de interpretación histórica del Santo Domingo Español en el siglo XVIII*. Santo Domingo, Editora Búho, 2009, 264 pp.
- Vol. LXXXVII Guerrero Cano, María Magdalena. *Sociedad, política e Iglesia en el Santo Domingo colonial, 1861-1865*. Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 628 pp.
- Vol. LXXXVIII Moreta Castillo, Américo. *La Real Audiencia de Santo Domingo, 1511-1799. La Justicia en Santo Domingo en la época colonial*. Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 221 pp.
- Vol. LXXXIX Rosario Fernández, Reina C. (Compiladora). *El exilio republicano español en la sociedad dominicana*. (Memoria del Seminario Internacional celebrado en marzo de 2010). Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 285 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias).
- Vol. XC Gómez Ochoa, Delio. *Constanza, Maimón y Estero Hondo. La victoria de los caídos*, 4ta. edición corregida y ampliada. Santo Domingo, Editora Collado, 2010, 304 pp.
- Vol. XCI Mira Caballos, Esteban. *La Española, epicentro del Caribe en el siglo XVI*. Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 618 pp.
- Vol. XCII Paulino Ramos, Alejandro (Compilador). *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*, Tomo I. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2010, 438 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. XCIII Paulino Ramos, Alejandro (Compilador). *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*, Tomo II. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2010, 496 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. XCIV Moya Pons, Frank (Coordinador). *Historia de La República Dominicana*. Madrid, España, Ediciones Doce Calles,

- S. L., 2010, 725 pp. (Coedición: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección Historia de las Antillas, Vol. II).
- Vol. XCV Valle Llano, Antonio, S. J. *La Compañía de Jesús en Santo Domingo durante el período hispánico*, 2da. edición con correcciones del autor y notas adicionales de José Luis Sáez Ramo. Santo Domingo, Editora Búho, 2011, 433 pp.
- Vol. XCVI Del Río Moreno, Justo L. *Los inicios de la agricultura europea en el Nuevo Mundo 1492-1542*, 2da. edición con correcciones del autor. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 708 pp.
- Vol. XCVII Del Río Moreno, Justo L. *Ganadería, plantaciones y comercio azucarero antillano. Siglos XVI y XVII*. 2da. edición en español. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 648 pp.
- Vol. XCVIII Pacini Hernández, Deborah. *Bachata: historia social de un género musical dominicano*. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 360 pp.
- Vol. XCIX González Tejera, Natalia. *Exiliados españoles en República Dominicana, 1939-1943: descripción y análisis socio-económico y demográfico*. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 148 pp.
- Vol. C Lora H., Quisqueya. *Transición de la esclavitud al trabajo libre en Santo Domingo: el caso de Higüey (1822-1827)*. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 180 pp.
- Vol. CI Herrera, César A. *Anexión-Restauración*. Parte I. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 388 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CII Herrera, César A. *Anexión-Restauración*. Parte II. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 400 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CIII Moya Pons, Frank y Rosario Flores Paz, editores. *Los taínos en 1492. El debate demográfico*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 408 pp.
- Vol. CIV Franks, Julie Cheryl. *Transformando la propiedad. La tenencia de tierras y los derechos políticos en la región azucarera dominicana, 1880-1930*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 260 pp.
- Vol. CV Rodríguez Morel, Genaro (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, vol. I. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 764 pp.

- Vol. CVI Moya Pons, Frank. *Bibliografía de la Historia Dominicana 1730-2010*. Tomo I. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 896 pp.
- Vol. CVII Moya Pons, Frank. *Bibliografía de la Historia Dominicana 1730-2010*. Tomo II. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 848 pp.
- Vol. CVIII Moya Pons, Frank. *Bibliografía de la Historia Dominicana 1730-2010*. Tomo III. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 836 pp.
- Vol. CIX Hoffnung-Garskof, Jesse. *Historia de dos ciudades. Santo Domingo y Nueva York después de 1950*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 480 pp.
- Vol. CX Vega, Bernardo. *La derrota de Penn y Venables en Santo Domingo, 1655*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 152 pp.
- Vol. CXI Girona, Francisco C. *Las fechorías del bandolero Trujillo*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 192 pp.
- Vol. CXII García Muñiz, Humberto. *De la Central Guánica al Central Romana. La South Porto Rico Sugar Company en Puerto Rico y la República Dominicana, 1900-1921*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 600 pp.
- Vol. CXIII Szulc, Tad. *Diario de la Guerra de Abril de 1965*. Santo Domingo, Editora Búho, 2014, 412 pp.
- Vol. CXIV Álvarez Leal, Francisco. *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y Anuario estadístico*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 128 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CXV Vega, Bernardo (Editor). *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2013, 688 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CXVI Vega, Bernardo, (Editor). *Antiguas tarjetas postales dominicanas de la colección de Miguel D. Mena*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2014, 108 pp.
- Vol. CXVII Wells, Allen. *Un Sion tropical: el general Trujillo, Franklin Roosevelt y los judíos de Sosúa*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 682 pp.
- Vol. CXVIII Calder, Bruce J. *El impacto de la intervención. La República Dominicana durante la ocupación norteamericana de 1916-1924*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 560 pp.
- Vol. CXIX Muto, Paul. *La promesa ilusoria: La República Dominicana y el proceso de desarrollo económico, 1900-1930*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 368 pp.

- Vol. CXX Cassá, Roberto (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, vol. V. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 884 pp.
- Vol. CXXI Mira Caballos, Esteban. *La gran armada colonizadora de Nicolás de Ovando, 1501-1502*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2014, 463 pp.
- Vol. CXXII Vega, Bernardo, et al. *El Zemí de algodón taíno*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2014, 228 pp.
- Vol. CXXIII Ruiz del Árbol Cana, Antares. *Hacer España en América, Guillermina Medrano Aranda (1912-2005). La pervivencia del magisterio republicano en el exilio americano*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 668 pp.
- Vol. CXXIV Ameringer, Charles D. *La Legión del Caribe. Patriotas, políticos y mercenarios, 1946-1950*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 264 pp.
- Vol. CXXV Sáez Ramo, José Luis. *Mons. Eliseo Pérez Sánchez. Notas biográficas y documentos completos*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 652 pp.
- Vol. CXXVI Vega, Bernardo (Editor). *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 726 pp.
- Vol. CXXVII Academia Dominicana de la Historia. *Los que ya no están. Miembros de Número de la Academia Dominicana de la Historia. In memoriam*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2015, 172 pp.
- Vol. CXXVIII Hidalgo, Dennis R. *La primera inmigración de negros libertos norteamericanos y su asentamiento en la Española*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 246.
- Vol. CXXIX Moreno, José A. *El pueblo en armas*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 432 pp. (Coedición: Comisión Permanente de Efemérides Patria).
- Vol. CXXX Draper, Theodore. *La Revuelta de 1965. Un estudio de caso de la política estadounidense en la República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 224 pp. (Coedición: Comisión Permanente de Efemérides Patria).
- Vol. CXXXI Alfau Durán, Vetilio. *Artículos recopilados sobre la Ocupación Norteamericana de 1916*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 240 pp.
- Vol. CXXXII Tejada, Adriano Miguel. *La prensa y la guerra de abril de 1965*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 210 pp.
- Vol. CXXXIII Odena, Isidro. *La intervención ilegal en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 116 pp.

- Vol. CXXXIV McKeever, Stuart A. *El rapto de Galíndez y su importancia en las relaciones entre Washington y Trujillo*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 556 pp.
- Vol. CXXXV Febres-Cordero Carrillo, Francisco. *Entre Estado y Nación: la Anexión y la Guerra de Restauración dominicana (1861-1865). Una visión del Caribe hispano en el siglo xix*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 208 pp.
- Vol. CXXXVI Schomburgk, Robert Hermann, et al. *Santo Domingo visto por cuatro viajeros*, Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 148 pp.
- Vol. CXXXVII Derby, Lauren. *La seducción del dictador, política e imaginación popular en la era de Trujillo*, Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 544 pp.
- Vol. CXXXVIII Rodríguez Morel, Genaro (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, vol. I, «Códice». Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 498 pp. Patrocinado por Juan B. Vicini Lluberes.
- Vol. CXXXIX Tippenhauer, Louis Gentil. *La Isla de Haití*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 916 pp.
- Vol. CXL Moya Pons, Frank. *El oro en la historia dominicana*. Santo Domingo, Amigos del Hogar, 2016, 468 pp. Patrocinado por Pueblo Viejo Dominicana Corporation.
- Vol. CXLI Bryan, Patrick. *La transformación económica de la República Dominicana, 1870-1916*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 336 pp. Patrocinado por la Refinería Dominicana de Petróleo (REFIDOMSA).
- Vol. CXLII Kurzman, Dan. *Santo Domingo. La revuelta de los condenados*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2017, 334 pp. Patrocinado por la Refinería Dominicana de Petróleo (REFIDOMSA).
- Vol. CXLIII García Arévalo, Manuel A. y Pou de García, Francis. *La caída de Horacio Vásquez y la irrupción de Trujillo en los informes diplomáticos españoles de 1930*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2017, 484 pp. Patrocinado por el Banco Popular Dominicano.
- Vol. CXLIV Turist, Richard L. *Cimientos del despotismo. Los campesinos, el régimen de Trujillo y la modernidad en la historia dominicana*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2017, 576 pp.
- Vol. CXLV Del Río Moreno, Justo L. *La Española y el Caribe, 1501-1559. La recurrencia cíclica de las crisis en Santo Domingo*

- y los procesos de expansión territorial y económica. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 584 pp.
- Vol. CXLVI Veeser, Cyrus. *La soberanía en jaque: Ulises Heureaux y la injerencia estadounidense, 1890-1908*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 386 pp.
- Vol. CXLVII Cassá, Roberto (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo VI. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 876 pp.
- Vol. CXLVIII Dawes, Charles G., et al. *Comisión Económica Dominicana, 1929*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 240 pp.
- Vol. CXLIX González de Peña, Raymundo (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo II. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 892 pp.
- Vol. CL *Informes anuales. Receptoría Dominicana de Aduanas, 1907-1940* (edición digital). Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2019.
- Vol. CLI Vega, Bernardo y Dennis R. Simó (compiladores). *La ocupación militar estadounidense de 1916. Ensayos y documentos*. Santo Domingo, Editora Búho, 2019, 548 pp. (Coedición: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc.).
- Vol. CLII Chez Checo, José (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo IV. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2019, 644 pp.
- Vol. CLIII Vega, Bernardo. *La cuestión racial y el proyecto dominicano de anexión a Estados Unidos 1870*, Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2019, 359 pp.
- Vol. CLIV Cordero Michel, Emilio (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo III. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2019, 624 pp.
- Vol. CLV Moya Pons, Frank. *Breve historia monetaria de la República Dominicana, 1844-1948. Evolución de la deuda pública y formación del Banco Central*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2020, 120 pp.
- Vol. CLVI Sáez, S. J., José Luis. *Las visitas pastorales de los arzobispos de Santo Domingo (1531-1953)*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2020, 344 pp.
- Vol. CLVII Baud, Michiel. *Modernidad y luchas sociales en la sociedad dominicana, siglos XIX y XX*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2020, 664 pp.



Este libro  
LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA  
de Frank Moya Pons  
terminó de imprimirse en el mes de julio de 2021,  
en los talleres de Editora Búho  
Santo Domingo, Ciudad Primada de América,  
República Dominicana.







ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA  
Volumen CLVIII

